

El obrero norteamericano

Karl Kautsky
Febrero de 1906

Editado y traducido por Daniel Gaido y Richard Day

Introducción de los editores

La serie de artículos de Karl Kautsky sobre los obreros rusos y americanos fue escrita originalmente en respuesta al estudio del sociólogo burgués Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*¹ De joven, Werner Sombart (1863-1941) fue corresponsal de Engels y estuvo cercano al marxismo.² Pero ya para el momento de la muerte de Engels (1895), Sombart comenzó a volverse en contra del marxismo y su abanderado organizacional en Alemania, el Partido Socialdemócrata, lo que resultó en una serie de furiosas polémicas con algunos de sus más prominentes teóricos, notablemente Franz Mehring y Rosa Luxemburg.³ En su estudio clásico de *La huelga de masas, el partido político y los sindicatos*, escrito contra el nuevo oportunismo cuya punta de lanza era el aparato sindical socialdemócrata (la Comisión General de los Sindicatos Libres de Alemania), Luxemburg sintetizó algunas de las principales lecciones de la revolución rusa de 1905 e hizo la siguiente referencia a Sombart:

Del ocultamiento de los límites objetivos trazados por el orden social burgués para la lucha sindical, surge una hostilidad a toda crítica teórica que se llame la atención sobre estos límites en relación a los fines últimos del movimiento obrero. Adulación servil y optimismo ilimitado son considerados como un deber de todo “simpatizante del movimiento sindical”. Pero como la posición socialdemócrata consiste precisamente en la lucha contra ese optimismo sindical falto de crítica, al igual que combate el obtuso optimismo parlamentario, al fin se conforma un frente contra la teoría de la socialdemocracia: los funcionarios sindicales buscan a tientas una “nueva teoría” que corresponda a *sus* necesidades y a *sus* concepciones, es decir, es decir, una teoría que, en oposición a la doctrina socialdemócrata, abra a las luchas sindicales perspectivas ilimitadas de progreso económico en el marco del orden capitalista. Dicha teoría de hecho ha existido por algún tiempo: es la teoría del profesor Sombart, creada expresamente con la intención de abrir una brecha entre los sindicatos y la socialdemocracia en Alemania, para atraer los sindicatos al campo burgués.⁴

¹ Werner Sombart, *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?*, Tübingen: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 1906. Versión castellana: <dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/761566.pdf>

² En un suplemento al Volumen III del *Capital* de Marx, Engels escribió: “En el *Archiv für soziale Gesetzgebung* de Braun, Vol. VII, No. 4, Werner Sombart ofrece una exposición a grandes rasgos, en general excelente, del sistema de Marx. Es la primera vez que un profesor universitario alemán logra ver, en líneas generales, en los escritos de Marx lo que éste ha dicho; que declara que la crítica del sistema marxiano no podría consistir en una refutación – ‘de la cual podrá ocuparse el advenedizo político’ - sino solo en un ulterior desarrollo”. Karl Marx, *El Capital*, México: Siglo XXI, 2006, Tomo III, Vol. 8, p. 1130.

³ Belfort Bax, “Die 'Lehren' des Herrn Professor Sombart,” *Die neue Zeit*, 18. 1899-1900, 2. Bd. (1900), H. 46, pp. 591-596, Rosa Luxemburg, “Die 'deutsche Wissenschaft' hinter den Arbeitern,” *Die neue Zeit*, 18. 1899-1900, 2. Bd. (1900), H. 51, 52, pp. 740-747, 773-782, Max Adler, “Sombarts 'historische Sozialtheorie',” *Die neue Zeit*, 21. 1902-1903, 1. Bd. (1903), H. 16, 18, pp. 485-491, 550-560, and Rosa Luxemburg, “Im Rate der Gelehrten,” *Die neue Zeit*, 22. 1903-1904, 1. Bd. (1904), H. 1, pp. 5-10.

⁴ Rosa Luxemburg, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Madrid: Fundación Federico Engels, 2003, Capítulo VIII: La necesidad de una acción unificada de los sindicatos y la socialdemocracia, pp. 99.

En su libro pionero sobre la cuestión judía, Karl Kautsky denunció y refutó uno de los aspectos más repugnantes del nacionalismo de Sombart -su antisemitismo- que lo condujo a convertirse en compañero de ruta de los Nazis durante la última década de su vida (murió en 1941).⁵ Abraham León también dedicó una sección completa de su trabajo sobre la cuestión judía a la refutación de la tesis de Sombart, presentada en su libro *Los judíos y el capitalismo moderno*, según la cual los judíos fueron “los fundadores del capitalismo moderno”.⁶ Pero, a pesar de todas sus falencias, los trabajos de Sombart, debido a la riqueza de datos históricos y a las ideas que adquirió de su conocimiento de los trabajos de Marx, siempre continuó siendo un tema de profundo interés para los teóricos marxistas. Eso es especialmente cierto en el caso de su masiva *magnum opus*, *Der moderne Kapitalismus*. Cuando apareció la primera parte en 1902 Rudolf Hilferding le dedicó una reseña extensa⁷, y 37 años más tarde León Trotsky aún la consideraba lo suficientemente importante como para hacerle una crítica en uno de sus últimos libros.⁸

El ensayo traducido aquí no fue el primer trabajo de Kautsky sobre los Estados Unidos. Sus primeros escritos sobre el socialismo norteamericano incluyen una crítica a la famosa novela utópica de Edward Bellamy *Looking Backward, 2000-1887*. Kautsky consideraba a la novela de Bellamy sin valor como obra de arte. La trama era absurda, los personajes tontos, y el autor no tenía comprensión alguna del movimiento obrero moderno: el futuro mancomunado estaba lleno de amas de casa, predicadores y gente rica que ya no sentía ansiedad por perder su fortuna. Pero el libro era no obstante significativo porque

El socialismo ha sido hasta ahora una hierba exótica en los Estados Unidos, un producto alemán. Y de hecho el movimiento socialista norteamericano hasta ahora, si bien no estaba compuesto exclusivamente por alemanes, permanecía en los marcos del socialismo alemán. La tarea de crear, sobre la base del socialismo científico internacional, un partido obrero verdaderamente estadounidense, con su propia literatura, su propio programa, su propia táctica, está sólo comenzando a ser llevada a cabo.

En vistas de esta situación, el libro de Bellamy tiene, en nuestra opinión, una gran significación. Muestra el poder del movimiento obrero norteamericano; el hecho de que éste fuerza incluso a los círculos burgueses a tratar los problemas sociales que no están ni teórica ni prácticamente bajo la influencia del socialismo europeo.⁹

Otros escritos de Kautsky sobre Estados Unidos incluyen una defensa de Friedrich Sorge -cuya historia del movimiento obrero americano estaba entonces siendo serializada en *Die neue Zeit*¹⁰- contra los

⁵ El libro de Sombart de 1912 *El futuro de los judíos* ya incluye pasajes como éste: “¿Quién se perdería la ocasión de conocer a las picantes (*rassigen*) Judiths y Miriams? De seguro, deben ser picantes y permanecer así. No podemos tolerar esta mezcla negro-rubia.” Werner Sombart *Die Zukunft der Juden*, Leipzig, 1912, p. 72. Citado en Karl Kautsky, *Are the Jews a Race?*, London: Jonathan Cape, 1926, Capítulo IV: Diferencias y oposiciones entre las razas humanas, p. 80.

⁶ Abraham León, *La concepción materialista de la cuestión judía*, Buenos Aires: Editorial Canaan, 2010, Capítulo 4, A: Los judíos en Europa occidental luego del Renacimiento: La tesis de Sombart, pp. 181-189.

⁷ Rudolf Hilferding, “Werner Sombart, *Der moderne Kapitalismus?*”, in *Zeitschrift für Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung*, 12 (1903), pp. 446-453. Versión inglesa: Rudolf Hilferding, “Werner Sombart’s Modern Capitalism” (1903), en Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Responses to Marx’s ‘Capital’: From Rudolf Hilferding to Isaak Illich Rubin*, Leiden: Brill, 2017, pp. 390-404.

⁸ León Trotsky, “El marxismo y nuestra época” (1939), en Trotsky, *El pensamiento vivo de Karl Marx*, Buenos Aires: Editorial Losada, 1940.

⁹ Karl Kautsky, “Der jüngste Zukunftsroman”, *Die neue Zeit*, Jg. 7 (1889), H. 6, p. 273.

¹⁰ Para una versión en inglés, en dos volúmenes, ver Friedrich A. Sorge’s *Labor Movement in the United States: A History of the American Working Class from Colonial Times to 1890*, edited by Philip S. Foner and Brewster Chamberlin, introduction by Philip S. Foner, translated by Brewster Chamberlin and Angela Chamberlin, Westport, Conn.: Greenwood Press, 1977. Friedrich A.

ataques sectarios del Partido Socialista Obrero de Daniel De Leon¹¹, y una crítica del libro de Algie Martin Simons *The American Farmer*, publicado en 1902.¹²

Kautsky también escribió al menos otro ensayo importante sobre Estados Unidos, notablemente, su artículo sobre el presidente de la Federación Americana del Trabajo, Samuel Gompers, en ocasión de la visita de este último a Alemania, que hemos traducido del alemán al inglés.¹³ Ese artículo fue parte de una larga serie de polémicas que Rosa Luxemburg y Kautsky, entre otros líderes del Partido Socialdemócrata de Alemania, sostuvieron contra la burocracia sindical de la propia Socialdemocracia alemana.

León Trotsky menciona “El obrero norteamericano” de Kautsky en la introducción de 1922 a su libro *1905*, describiéndolo en las siguientes palabras:

Los conflictos de ideas relativos al carácter de la Revolución Rusa rebasaron desde un comienzo los límites de la socialdemocracia rusa, alcanzando a los elementos avanzados del socialismo mundial. La forma en que los mencheviques concebían la revolución fue expuesta a conciencia, es decir, con toda su vulgaridad, por el libro de Cherevanin.¹⁴ En seguida, apresuradamente, los oportunistas alemanes adoptaron esta perspectiva. A propuesta de Kautsky, hice la crítica de este libro en *Die neue Zeit*.¹⁵ Entonces Kautsky se mostró totalmente de acuerdo con mi apreciación. También él, como el fallecido Mehring, se adhería al punto de vista de “la revolución permanente”.¹⁶ Ahora, un poco tarde, Kautsky pretende unirse en el pasado a los mencheviques. Pretende disminuir y tragarse de nuevo su ayer al nivel de su hoy. Pero esta falsificación exigida por las inquietudes de una conciencia que, ante sus propias teorías, no se encuentra demasiado pura, está al descubierto gracias a los documentos que subsisten en la prensa. Lo que en aquella época escribía Kautsky, lo mejor de su actividad literaria y científica (la respuesta al socialista polaco Luśnia¹⁷, los estudios sobre los obreros norteamericanos y rusos¹⁸, la respuesta a la encuesta de Plejanov sobre el carácter de la Revolución Rusa¹⁹, etc.), todo lo cual fue y sigue siendo una implacable refutación del menchevismo, y justifica completamente, desde el punto de vista teórico, la táctica

Sorge's *Labor Movement in the United States: A History of the American Working Class from 1890 to 1896*, Westport, Conn.: Greenwood Press, 1987.

¹¹ Karl Kautsky, “Unsere amerikanischen Berichte”, *Die neue Zeit*, Vol. 13, No. 2, 1895, pp. 183-185.

¹² Algie Simons, *The American Farmer*, Chicago: C.H. Kerr, 1902. Karl Kautsky, “Socialist Agitation among Farmers in America”, *International Socialist Review*, 1902, 3, pp. 148-160.

¹³ Karl Kautsky, “Samuel Gompers”, *Die neue Zeit*, 27. Jg., 2. Bd. (1909), H. 46, S. 677-685. Versión inglesa en *Historical Materialism*, Vol. 16 (2008), pp. 137-146.

¹⁴ A. Tscherewanin, *Das Proletariat und die russische Revolution*, mit einer Vorrede von H. Roland-Holst und einem Anhang vom Übersetzer S. Lewitin, Stuttgart: J. H. W. Dietz, 1908.

¹⁵ N. Trotzky, “Das Proletariat und die russische Revolution”, *Die neue Zeit*, 26 Jg., 2. Bd. (1908), H. 48, S. 782-791.

¹⁶ Franz Mehring, “Die Revolution in Permanenz”, *Die neue Zeit*, 24 Jg., 1. Bd. (1906), S. 169-172. Versión inglesa: “The Revolution in Permanence” (1 November 1905), en Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill, 2009, pp. 457-464.

¹⁷ Karl Kautsky, “Allerhand Revolutionäres”, *Die neue Zeit*, 22 Jg., 1.-2. Bd. (1906), H. 19, S. 588-598, H. 20, S. 620-627, H. 21, S. 652-657, H. 22, S. 685-695, H. 23, S. 732-740. Versión inglesa: Karl Kautsky, “Revolutionary Questions” (February 1904), en Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill, 2009, pp. 187-250.

¹⁸ El estudio cuya traducción castellana ofrecemos a continuación.

¹⁹ Karl Kautsky, “Triebkräfte und Aussichten der russischen Revolution”, *Die neue Zeit*, 25. Jg., 1. Bd. (1907), H. 9, S. 284-290, H. 10, S. 324-333. Versión castellana en Daniel Gaido y Paula Ávila, “Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución rusa, Karl Kautsky, 1906”, *Revista Izquierdas*, Nro. 24, julio del 2015, pp. 246-283

revolucionaria adoptada más tarde por los bolcheviques, a los que estúpidos y renegados, con el Kautsky de hoy a su cabeza, acusan ahora de ser aventureros, demagogos, sectarios de Bakunin.²⁰

El trabajo de Kautsky fue inmediatamente traducido al ruso e impreso en *siete* ediciones separadas, usualmente bajo el título *El obrero norteamericano y ruso*, uno de ellos con el prefacio por el futuro comisario de Educación del Pueblo, Anatoly Lunacharsky.²¹

En el cuarto capítulo de su libro *Resultados y Perspectivas*, escrito en 1906 a fin de sistematizar las lecciones de la revolución de 1905, Trotsky incluyó extensas referencias intensivas a “El obrero norteamericano”:

Kautsky, en su trabajo sobre el proletariado americano, recientemente editado, señala que no hay ninguna analogía directa e inmediata entre las fuerzas políticas del proletariado y la burguesía, por un lado, y el grado de desarrollo capitalista, por el otro. «Son sobre todo dos estados -dice- que se contraponen como dos extremos, y de los cuales cada uno contempla el efecto desproporcionadamente fuerte (es decir mayor de lo que corresponde al nivel de su desarrollo) que produce cada uno de estos dos elementos del modo de producción capitalista: *América la clase de los capitalistas, Rusia la de los proletarios*. En América, más que en ningún otro lugar, se puede hablar de la dictadura del capital. El proletariado en lucha, en cambio, no ha obtenido, por ningún concepto, la importancia que en Rusia; y esta importancia tendrá que aumentar, y lo hará, ya que este país tan sólo acaba de comenzar a contemplar luchas de clase y de concederles, en cierto modo, un cierto margen de libertad para su libre desenvolvimiento.» Después de la mención de que Alemania puede estudiar, en cierta medida, su *futuro* en Rusia, Kautsky continúa: «La verdad es que constituye un fenómeno peculiar el que sea precisamente el proletariado ruso quien deba indicarnos nuestro futuro, no en lo que toca a la organización del capital sino en lo que toca a la rebelión de la clase obrera; pues Rusia es el Estado más atrasado entre los grandes Estados del mundo capitalista. Eso parece estar en contradicción con la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico forma la base del político. Sin embargo, está solamente en contradicción con aquella clase de concepción materialista de la historia que presentan nuestros adversarios y críticos que entienden por ello un *patrón* hecho y no un *método de investigación*.» Estas líneas hay que recomendarlas especialmente a la atención de aquellos marxistas nacionales que sustituyen el análisis independiente de las relaciones sociales por la interpretación de textos preseleccionados por ellos y aplicables a todos los casos de la vida. ¡Nadie compromete el marxismo tanto como estos marxistas nominales!

Por tanto, siguiendo a Kautsky, Rusia está caracterizada en el terreno económico por un nivel relativamente bajo del desarrollo capitalista, y en la esfera política por la falta de importancia de la burguesía capitalista y por el poder del proletariado revolucionario. Esto conduce a que la «lucha por los intereses de toda Rusia corresponda a la *única clase fuerte actualmente existente*, al proletariado industrial.

²⁰ Leon Trotsky, *1905 y otros escritos (compilación)*, Buenos Aires: CEIP Leon Trotsky, 2006, p. 15.

²¹ Ver Moira Donald, *Marxism and Revolution: Karl Kautsky and the Russian Marxists, 1900–1924*, New Haven: Yale University Press, 1993, pp. 296, 300, 301. Карл Каутский, *Русский и американский рабочий*, Предисл., примеч. и ред. А. Луначарского. - Санкт-Петербург : тип. Спб. т-ва "Труд", 1906. - 89 с. (Karl Kautsky, *El trabajador ruso y estadounidense*, Prólogo, nota. y edición a cargo de Anatoly Lunacharsky, San Petersburgo: Tipografía SPb t-va "Trud", 1906. 89 p.)

«Como consecuencia de esto al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, la lucha en Rusia por la liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un *duelo entre éste y la clase de obreros industriales*, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante, pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente.»²²
Todo esto, ¿no nos da derecho a concluir que el «siervo» ruso puede llegar al poder antes que su «amo»?²³

Las *Actas de la Convención Fundacional de los Obreros Industriales del Mundo* (IWW, 27 de junio al 8 de julio de 1905), muestran claramente la influencia de la primera revolución rusa en la izquierda de los Estados Unidos.²⁴ Para citar una de las estrellas más brillantes en la galaxia de los líderes revolucionarios, la famosa anarco-comunista afro-norteamericana, Lucy E. Parsons:

Ustedes hombres y mujeres deberían estar imbuidos con el espíritu que ahora se despliega en la lejana Rusia y la lejana Siberia donde creíamos que la chispa de la masculinidad y la feminidad había sido arrancada de ellos. Tomemos [un] ejemplo de ellos. Vemos a la clase capitalista fortificándose detrás de sus Asociaciones de Ciudadanos y Asociaciones de Patrones para poder aplastar al movimiento obrero americano. Pongamos nuestros ojos en la lejana Rusia y tomemos el corazón y el coraje de aquellos que están dando la batalla allí, y de otro hecho que se muestra en los despachos que aparecen esta mañana en las noticias que lleva el mayor terror a la clase capitalista de todo el mundo – el emblema que ha sido el terror de los tiranos en todas las edades... la bandera roja ha sido izada.²⁵

Se adoptó una resolución expresando solidaridad con la “poderosa lucha de la clase obrera de la lejana Rusia” cuyo resultado “es de la mayor consecuencia para los miembros de la clase obrera de todos los países en su lucha por su emancipación”.²⁶

En su discurso de cierre de la reunión de ratificación, brindado el 8 de julio de 1905, Bill Haywood, Secretario General de la Federación Occidental de Mineros y un futuro líder del primer comunismo norteamericano, quien presidió la Convención Fundacional del IWW [por sus siglas en inglés. NdT], llamó a los obreros americanos a “organizarse industrialmente como se organizan los obreros rusos [*Aplausos*] – organizados en una organización que abarca a cada hombre, mujer y niño que trabaja en la industria”. Haywood esperaba ver al nuevo movimiento “crecer a lo largo de este país hasta que abarque a la gran mayoría del pueblo trabajador, y que aquellos trabajadores se levanten en revuelta contra el sistema capitalista como la clase obrera rusa lo está haciendo hoy”.²⁷

El principal defecto de “El obrero norteamericano”, además su casi total falta de análisis de la importancia de la cuestión negra para el movimiento obrero norteamericano (los negros constituían más del 10 por ciento de la población americana en 1910 –casi 10 millones de 92 millones), es la escasa atención que Kautsky prestó al tema del imperialismo y su impacto en el movimiento obrero,

²² Trotsky cita aquí el estudio de Kautsky cuya traducción castellana ofrecemos a continuación.

²³ Leon Trotsky, *1905 : Resultados y perspectivas*, París: Ruedo Ibérico, 1971, tomo 2, pp. 173-174, énfasis en el original.

²⁴ *Proceedings of the First Convention of the Industrial Workers of the World : founded at Chicago, June 27-July 8, 1905*, stenographically reported by W.E. McDermut ; revised and approved by Wm. E. Trautmann, Secretary of the Convention, New York: Labor News Co., 1905. 616 p.

²⁵ *Proceedings of the First Convention of the Industrial Workers of the World*, p. 170.

²⁶ *Proceedings of the First Convention of the Industrial Workers of the World*, p. 213.

²⁷ *Proceedings of the First Convention of the Industrial Workers of the World*, p. 580.

especialmente profundizando el desarrollo de la aristocracia obrera y la burocracia sindical en los países imperialistas. Eso se debe al hecho de que, a pesar de que el término *imperialismo* comenzó a ser utilizado en los círculos socialistas para designar la etapa superior del desarrollo capitalista desde 1885²⁸, los teóricos marxistas europeos sólo comenzaron a tratar el asunto con profundidad al momento del Segundo Congreso de la Segunda Internacional en Stuttgart, que tuvo lugar del 6 al 24 de agosto de 1907, es decir, un año y medio después de la publicación del artículo de Kautsky.²⁹

Para una visión contemporánea sobre la historia del socialismo norteamericano, ver *History of Socialism in the United States* de Morris Hillquit. Kautsky probablemente consultó la primera edición del trabajo de Hillquit para el estudio traducido aquí.³⁰ Para una descripción y evaluación crítica de la historia del Partido Socialista norteamericano entre 1897 y 1912 ver el estudio clásico de Ira Kipnis.³¹

Para un análisis exhaustivo del estudio de Kautsky, incluyendo la subsecuente evolución política del propio Kautsky, que lo llevó finalmente a volverse en contra de sus ex camaradas de izquierda para convertirse en ideólogo de la facción de “centro” de la SPD, ver el número de noviembre de 2003 de la revista *Historical Materialism*.³²

En términos conceptuales, la principal importancia de “El obrero norteamericano” de Kautsky era que efectivamente concluía el debate sobre la revolución permanente para el periodo de la primera revolución rusa. Ya que Kautsky había iniciado este debate, es adecuado que fuera él quien sintetizara el resultado. En 1902, Kautsky había predicho, en su artículo “Los eslavos y la revolución” (que fue traducido al ruso y reproducido en el periódico *Iskra*), que los eslavos podían ser “la tempestad que romperá el hielo de la reacción e inaugurará irresistiblemente una nueva, bendita primavera de los pueblos”. Impresionado por el heroísmo de la tradición *narodnik* (populista), y convencido de que el proletariado ruso emergente se levantaría contra un régimen que saqueaba al país al servicio del capital extranjero, Kautsky pensaba que el centro de la actividad revolucionaria se estaba moviendo de la Europa Occidental a la Oriental y que las tormentas que se avecinaban en Rusia revigorizarían a la Socialdemocracia alemana.³³

En su crítica al borrador de programa de *Iskra*, David Riazanov fue el primero en trabajar las implicancias del pensamiento temprano de Kautsky y en formular una teoría preliminar de la *revolución permanente*. Si la Rusia “atrasada” iniciaría el despertar revolucionario de Europa, era imperativo comprender cómo un país “campesino”, que era el menos desarrollado entre todas las potencias capitalistas, podía saltar de las asfixiantes instituciones de semifeudalismo a una revolución que abriría el paso a un futuro socialista. Riazanov respondió con el audaz argumento de que Rusia era una excepción

²⁸ Ernest Belfort Bax, "Imperialism vs. Socialism", *The Commonweal*, February 1885. pp. 2-3.

²⁹ Manuel Quiroga y Daniel Gaido, "El desarrollo de las teorías del imperialismo: Un recorrido teórico-político (1896-1919)", en Daniel Gaido, Velia Luparello y Manuel Quiroga (eds.), *Historia del Socialismo Internacional: Ensayos marxistas*, Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2020, pp. 211-266.

³⁰ La versión alemana de *History of Socialism in the United States* de Hillquit fue la principal fuente sobre la historia del socialismo norteamericano para los marxistas del continente europeo: Morris Hillquit, *Geschichte des Sozialismus in den Vereinigten Staaten*, Stuttgart: J.H.W Dietz, 1906.

³¹ Ira Kipnis, *The American Socialist Movement 1897-1912*, Chicago: Haymarket Books, 2005.

³² Daniel Gaido, ““The American Worker” and the Theory of Permanent Revolution: Karl Kautsky on Werner Sombart’s *Why Is there No Socialism in the United States?*”, *Historical Materialism*, 2003, Vol. 11, 4, pp. 79-123. Versión castellana: “El obrero norteamericano y la teoría de la revolución permanente”, *En defensa del marxismo*, N° 34, diciembre del 2006, pp. 95-132.

³³ Versión inglesa: Karl Kautsky, "The Slavs and Revolution" (1902), en Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill, 2009, pp. 59-66.

al “modelo”. En “El borrador de programa de *Iskra* y las tareas de los socialdemócratas rusos”, Riazanov exploró sistemáticamente las “peculiaridades” de la historia rusa, como lo hizo Trotsky casi tres décadas después en su *Historia de la revolución rusa* (el primer capítulo del libro de Trotsky lleva el título “Peculiaridades del desarrollo de Rusia”). Riazanov señaló que, a diferencia de Europa, Rusia había visto el ascenso de una tradición social-revolucionaria nativa en coincidencia con la emergencia del capitalismo, porque el capitalismo estaba en gran parte financiado por las importaciones de capital y trasplantado desde Europa. La burguesía doméstica era también demasiado débil para apoyar a una oposición liberal efectiva a la autocracia, y la combinación de un capitalismo acelerado con un liberalismo impotente necesariamente dejaba a los obreros organizados la responsabilidad por el futuro revolucionario de Rusia.³⁴

En su comentario crítico sobre el trabajo de Lenin y Plejanov en el borrador de programa de *Iskra*, Riazanov anticipó efectivamente todos los principales argumentos que León Trotsky subsecuentemente incorporó en su famoso opúsculo *Resultados y Perspectivas*, que convencionalmente ha sido visto como la posición inicial y definitiva de la teoría de la revolución permanente. El camarada de Trotsky, Parvus, brindó la inspiración inmediata para la propia evaluación de Trotsky sobre Rusia, pero en términos conceptuales el trabajo teórico más famoso de Trotsky le debe al menos tanto a Kautsky y a Riazanov como a Parvus e incluso al mismo Marx. Kautsky y Riazanov crearon la atmósfera teórica e la cual se nutrió Trotsky para proponer la idea de que la Rusia “atrasada” podía de hecho estar en la primera línea de los desarrollos históricos mundiales.

Si fue Trotsky, con su genio retórico y literario, quien capturó la idea de la revolución permanente de manera más dramática para sus contemporáneos y para las generaciones futuras, fue sin embargo Karl Kautsky, en “El obrero norteamericano”, quien finalmente respondió el acertijo planteado por la referencia de Riazanov al “modelo” de desarrollo de Rusia. La conclusión de Kautsky era elegantemente sencilla: *no hubo ni hay un solo “modelo”*. Kautsky comparó el desarrollo histórico del capitalismo en Rusia, Inglaterra y Estados Unidos, porque el capitalismo mundial es un todo contradictorio que explica las *peculiaridades necesarias* de cada una de las partes. Anticipándose a teorías posteriores del imperialismo, relacionó las historias particulares al movimiento internacional de los pueblos y del capital para dar cuenta de las interconexiones dinámicas de la historia mundial. Dentro de este gran marco, no vio un solo “modelo” que pudiera explicar uniformemente las relaciones de clase en términos de “niveles” abstractos de desarrollo capitalista; más bien “Cada extremo puede estar presente en un país sólo en la medida en que el extremo opuesto exista en otro país”. Rusia y los Estados Unidos eran los extremos del capitalismo que presagiaban conjuntamente el futuro del socialismo mundial:

Hoy hay toda una serie de países en los que el capital controla al conjunto de la vida económica, pero ninguno de ellos ha desarrollado todos los aspectos del modo de producción capitalista en la misma medida. Hay, en particular, dos estados que se enfrentan como extremos, en los que uno de los dos elementos de este modo de producción es desproporcionadamente fuerte, es decir, más fuerte de lo que debería ser de acuerdo con su nivel de desarrollo: *en los Estados Unidos, la clase capitalista; en Rusia, la clase obrera.*

³⁴ Versión inglesa: N. Ryzanov, “The Draft Programme of ‘Iskra’ and the Tasks of Russian Social Democrats” (1903), en Richard B. Day y Daniel Gaido (eds.), *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill, 2009, pp. 67-134.

En disputa con la noción de un solo patrón de desarrollo capitalista, Kautsky rechazó simultáneamente cualquier idea de determinismo económico unilateral. El “espíritu” revolucionario era al menos tan importante como el mundano movimiento de la historia económica. En este ensayo, así como en “Los eslavos y la revolución”, Kautsky miraba a Rusia como el ejemplo de “romanticismo revolucionario”. Si la intelligentsia norteamericana estaba espiritualmente en un callejón sin salida por estar impregnada del “capitalismo espiritual”, la intelligentsia rusa, en el extremo opuesto, llevaba a los obreros “la claridad y solidez teórica de su impulso revolucionario”. Dicho impulso formaba desde el comienzo parte del todo requerido para conceptualizar las partes:

Nada es más adecuado para el desarrollo espiritual de un pueblo que el pensamiento revolucionario, porque nada puede darle un propósito más elevado. El pensador revolucionario siempre tiene a *todo* el estado y la sociedad en vista; no necesita ser ciego a los pequeños detalles de la vida cotidiana, pero no gasta todas sus fuerzas en ellos; ve en ellos sólo parte de un todo mayor, y les asigna su lugar adecuado; investiga sobre todo cómo estas particularidades lo afectan y cómo puede ejercer una influencia sobre ellas; por lo tanto, aprende a apreciarlas correctamente y se mantiene libre de cualquier ilusión sobre sus efectos.

En “El obrero norteamericano”, Kautsky capturó este espíritu revolucionario como una fuerza importante en la historia económica y política. Respondiendo al acertijo del “modelo” de desarrollo de Rusia, concluyó que el espíritu revolucionario, tanto como causa y como efecto de particularidades históricas, era la fuerza decisiva a tener en cuenta para la revolución rusa:

Es sobre todo gracias a éste que los obreros industriales rusos, desorganizados, incultos, y privados de derechos democráticos, fueron capaces, en un país predominantemente campesino, de mantener bajo control al régimen absolutista, ante el que todas las clases poseedoras se humillaban, no sólo en Rusia sino en Europa.

* * *

Prólogo a *El obrero ruso y el norteamericano*, de K. Kautsky

Anatoly Lunacharsky

1906

Traducido del ruso por Richard Day

Fuente: карл Каутский, *Русский и американский рабочий. Предисловие, примечания и редакция А. Луначарского*, книгоиздательство «Утро», СПб. 1906, стр.

Este trabajo de Karl Kautsky que ahora estamos trayendo a la atención del lector ruso fue publicado en los primeros números de 1906 de *Die neue Zeit*, el órgano teórico de la Socialdemocracia Alemana. Si bien fue escrito para el lector alemán, también será muy interesante para los de otros países, y habla especialmente al lector *ruso* contemporáneo.

Hasta ahora, nadie ha mostrado con tanta claridad el curso fundamental de nuestro desarrollo económico. La autocracia, mientras expandía sus fuerzas armadas y cuidaba ansiosa su poder político - que últimamente nos llevó a Tsushima³⁵- ha entregado al país a manos de la *bourse* [bolsa] europea occidental, a la cual el pueblo ruso paga un tributo anual de 300 millones de rublos. Este tributo sigue

³⁵ [En la Batalla Tsushima, del 27 al 28 de mayo de 1905, dos tercios de la flota rusa fue destruida por la marina japonesa.]

creciendo rápidamente a una tasa desorbitante. El capital occidental está haciendo todo lo necesario para preservar el orden social en el cual el obrero ruso y el campesino ruso, reducidos a un estado de humillación y terrible necesidad, trabajan en condiciones infernales para asegurar un flujo constante de oro a los bolsillos de los caballeros de la banca y sus asociados. Rusia nunca se levantará por sí misma o pondrá fin al hambre, a su alta tasa de mortalidad, o a su insoportable pobreza, mientras siga acarreado este monstruoso peso sobre sus hombros. *La bancarrota estatal* es la verdadera, aunque aún desarticulada, consigna de las amplias masas en el movimiento de liberación. Pero, para terminar con la actividad chupasangre de la *bourse*, primero es necesario derrocar a sus secuaces y fieles sirvientes que aún gobiernan Rusia. Los gobernantes de Rusia son meramente los fiadores impagos y maniqués descerebrados de los banqueros europeos. Nuestra débil burguesía nunca ha tenido la determinación para emprender la lucha de liberación hasta su conclusión y así poner fin a todo el sistema de opresión y explotación del pueblo, que en nuestro país tiene el nombre de “política financiera”. Sólo las masas populares, sobre las cuales el peso financiero cae cien veces más fuerte -las masas sin privilegios o intereses rapaces que proteger- tienen la capacidad de liberar a la nación de su esclavitud a la bolsa. El proletariado ruso, con la simpatía de la enorme mayoría de la nación, debe ponerse, e inevitablemente lo hará, a la cabeza de estas masas, y de hecho ya lo hace.

No nos dejemos engañar por los logros ilusorios de los liberales. Puede que se estén regodeando³⁶, pero en realidad están enfermos de corazón. Cuando le preguntaron a Rodichev³⁷ qué planeaban hacer para hacer su mentada Duma, él respondió: “¿Cómo puede un joven, que ha esperado un muy largo tiempo para encontrarse con su amada joven y luego cuando finalmente lo hace, saber lo que le va a balbucear en el primer momento?” ¿No podríamos llamar al joven hombre una *carpa*, y a su amada joven un *lucio*?³⁸ Mientras el lucio permanece fuerte, no sirven las palabras finas. Uno debe quebrar el poder del lucio.

No tenemos intención de perder el “romanticismo revolucionario” del cual Karl Kautsky habla tan bien en su panfleto, o de reemplazarlo con sobriedad imaginaria pseudo-inteligente o pequeño “realismo”. Debemos ver audazmente al futuro, discernir el carácter general del movimiento y las grandes oportunidades que presenta, y no tropezarnos con simples ladrillos en el camino o dejar que nos preocupen sólo porque están en “nuestro campo de visión” -no debemos tener nada que ver con cualquier revisionismo corto de vista. Se lo dejamos a nuestra tímida burguesía, el regañar a los obreros por su “impracticabilidad” y citar el ejemplo del “práctico” obrero alemán. Karl Kautsky llama al obrero alemán a aprender del *romanticismo revolucionario* de su hermano ruso. Las circunstancias políticas únicas que ponen al proletariado ruso en la primera línea como líder natural de la revolución “burguesa” también le dan una oportunidad única de tomar posiciones que son más beneficiosas para continuar la lucha y realizar sus ideales de clase.

³⁶ [La primera Duma del Estado comenzó sus sesiones el 27 de abril de 1906 con alrededor de 500 diputados, después de que la revolución de 1905 obligara al zar Nicolás II a convocar a elecciones en su Manifiesto de octubre. Los partidos de izquierda más radicales (bolcheviques, mencheviques y socialistas revolucionarios), boicotearon las elecciones, dejando a los demócratas constitucionales moderados (kadetes) con la mayoría de los diputados (alrededor de 180). En segundo lugar, una alianza de izquierdistas un poco más radicales, un desprendimiento de los socialistas revolucionarios conocido como los trudoviques (laboristas), obtuvieron alrededor de 100 diputados. A la derecha de ambos había una serie de partidos más pequeños, incluyendo un desprendimiento por derecha de los kadetes conocido como los octobristas. Juntos, tenían alrededor de 45 diputados. Otros diputados, principalmente de grupos campesinos, no estaban afiliados a ningún partido.]

³⁷ [Fyodr Ivanovich Rodichev (1854-1933) fue un terrateniente, abogado, liberal de los zemstvos, y miembro del Partido Cadete, que fue electo diputado en cada una de las cuatro Dumas estatales.]

³⁸ [Los lucios comen a las carpas; ambos son especies de peces.]

Lo que Kautsky tiene para decir del capitalismo ruso y del proletariado ruso es especialmente interesante para nosotros. Pero no hay duda de que su información y conclusiones sobre los Estados Unidos también son extremadamente instructivas. Dan un gran golpe contra la posición adoptada por los revisionistas, y abren excelentes perspectivas para todo el movimiento obrero revolucionario internacional.

* * *

El obrero norteamericano
Karl Kautsky
1906

Traducido del alemán por Daniel Gaido

Fuente: Karl Kautsky, “Der amerikanische Arbeiter”, *Die neue Zeit*, 24. 1905-1906, 1. Bd. (1906), H. 21, S. 676-683, H. 22, S. 717-727, H. 23, S. 740-752, H. 24, S. 773-787.

I. Dos modelos para el desarrollo de Alemania

En sus “Estudios sobre el desarrollo histórico del proletariado norteamericano”, que Sombart publicó en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (Vol. XXI, Nos.1-3)³⁹, él señala:

Los Estados Unidos son el país con el máximo desarrollo capitalista; su organización económica, por lo tanto, anticipa nuestro futuro. Lo que dijo Marx en 1867 con toda razón sobre Inglaterra —*de te fabula narratur* [¡Es de tí de quien trata la historia!], Europa—lo podemos ahora aplicar a Norteamérica, si nos referimos a la situación norteamericana, por lo menos en lo que se refiere al desarrollo capitalista.⁴⁰

Esta afirmación sólo puede ser aceptada con grandes reservas. Un país como Inglaterra, que en la década de 1860s podía servir en cualquier aspecto como un modelo clásico de sociedad capitalista y todas sus tendencias – tal país ya no existe. Cuando Marx estudió a Inglaterra, no sólo tenía la clase capitalista más desarrollada sino también al proletariado más avanzado; es por eso que Inglaterra mostraba en su forma más consumada no sólo la tendencia a la explotación y a la organización capitalista sino también la contratendencia a la rebelión y a la organización proletaria. Así, Inglaterra fue el primer Estado en desarrollar, en su manera más definitiva, un partido socialista (el Cartismo), un movimiento sindical, un movimiento proletario cooperativo, y una legislación para la protección de los trabajadores.

Hoy hay toda una serie de países en los que el capital controla el conjunto de la vida económica, pero ninguno de ellos ha desarrollado todos los aspectos del modo de producción capitalista en la misma medida. Hay, en particular, dos Estados que se enfrentan como extremos, en los que uno de los dos

³⁹ [Nota editorial: Sombart publicó por primera vez su serie de artículos bajo el título “Studien zur Entwicklungsgeschichte des nordamerikanischen Proletariats” en los *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Band XXI, Hefte 1-3. En 1906 los republicó en forma de libro bajo el título *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?* Tübingen: Verlag von J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1906.]

⁴⁰ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 296.

elementos de este modo de producción es desproporcionadamente fuerte, es decir, más fuerte de lo que debería ser según su nivel de desarrollo: *en los Estados Unidos, la clase capitalista; en Rusia, la clase obrera.*

En los Estados Unidos, más que en ninguna otra parte, podemos hablar de una dictadura del capital. En contraste, en ninguna otra parte el proletariado combativo ha alcanzado tal importancia como en *Rusia*, y esta importancia debe y va a crecer porque, este país recién ha comenzado a tomar parte en la moderna lucha de clases.

La *economía* de Alemania está más cerca de la *norteamericana*; su *política*, por otro lado, está más cerca de la *rusa*. De este modo, ambos países nos muestran nuestro futuro; tendrá un carácter semi-norteamericano, semi-ruso. Mientras más estudiemos a Rusia y a los Estados Unidos, y mientras mejor entendamos a ambos, más claramente seremos capaces de comprender nuestro futuro. El ejemplo norteamericano por sí solo sería tan engañoso como el ruso.

Es ciertamente un fenómeno peculiar que sea precisamente el proletariado ruso el que deba mostrarnos nuestro futuro -en lo que respecta a la clase obrera, no a la organización del capital- porque Rusia es, de todos los grandes Estados del mundo capitalista, el más atrasado. Esto parece contradecir la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico constituye la base de la política. Pero, de hecho, sólo contradice a ese tipo de materialismo histórico del cual nuestros oponente y críticos nos acusan, por el cual entienden un *modelo* [*Schablone*] y no un *método de análisis*. Ellos rechazan la concepción materialista de la historia sólo porque son incapaces de entenderla y aplicarla fructuosamente.

II. El capitalismo ruso

La extraordinaria fuerza del proletariado ruso debe ser atribuida a dos razones: la falta de una clase capitalista fuerte y la necesidad de llevar adelante una revolución política en Rusia.

El capitalismo se desarrolló en el imperio ruso sobre una base distinta a la de Europa Occidental. En el Occidente, se desarrolló una fuerte burguesía urbana aún antes del absolutismo principesco. Con la ayuda de la burguesía, el absolutismo real desde el comienzo tuvo que llevar adelante una guerra contra la aristocracia terrateniente y el clero. La burguesía y el absolutismo se hicieron fuertes juntas. El excedente del trabajo de las clases productivas, que bajo la producción de mercancías asumió crecientemente la forma de plusvalor, no podía ser apropiado sólo por los monarcas, aristócratas y sacerdotes; también tenían que dejar una porción para la burguesía urbana. Lo que se embolsaban los monarcas y aristócratas era malgastado en campañas militares y ostentación. Lo que se embolsaba la iglesia, en la medida en que no era gastado en el consumo personal del clero, era transformado en tesoro. La burguesía, sin embargo, transformó su parte del pillaje de las clases trabajadoras nativas y extranjeras en capital, el cual acumuló más y más. Mientras menor era el poder de los monarcas, aristócratas y sacerdotes, mayor era el poder de la burguesía en el país, más rápida (siendo todas las demás condiciones iguales) era la acumulación, la acumulación [*Aufhäufung*] del capital. Por otra parte, mientras más rápido procedía la acumulación, mayor era -hasta cierto punto- el número y en cualquier caso el poder de los capitalistas no sólo ante los desposeídos y los dominados, sino también ante las clases propietarias y dominantes no capitalistas, y mayor era el poder de los capitalistas en el Estado.

El desarrollo de Rusia fue diferente. El poder del zarismo no creció simultáneamente con el fortalecimiento de una burguesía o como resultado de ello. El Estado ruso más bien vino a ser un Estado agrario puro, como un régimen de despotismo asiático estrechamente conectado con Europa

Occidental, precisamente en una época en la que el absolutismo allí había logrado subyugar a la iglesia y a la nobleza, había creado sus propios órganos de gobierno en el ejército regular y la burocracia, y se estaba haciendo cada vez menos confiable, incluso hostil, hacia la burguesía ascendente. El despotismo ruso reconoció inmediatamente cuán valiosos podían ser los medios de gobierno del absolutismo Europeo Occidental, un ejército regular y una burocracia, y los introdujo en Rusia lo más rápido posible. Ese fue, sobre todo, el famoso rol civilizador de Pedro el Grande [1682-1725]. Las primeras y mejores herramientas utilizadas para fortalecer el despotismo oriental de los zares y transformarlo, con la ayuda de los medios de coerción de la civilización capitalista, en el igual del absolutismo de Europa Occidental, fueron provistas por los franceses y especialmente por los alemanes. En términos de política interna, no obstante, esto significaba que, para incrementar el poder del zar, se debía despojar de su excedente a las clases productivas, y el número de gastos improductivos que debía ser deducido del excedente, especialmente los gastos en soldados y burócratas, aumentó. Pedro el Grande aumentó el peso de los impuestos *cinco veces*. La civilización de Rusia significó así un fortalecimiento de los medios para saquearla, no un aumento de su riqueza capitalista como en Europa Occidental. Una clase capitalista significativa como la burguesía de Europa Occidental no podía desarrollarse bajo estas circunstancias.

El desarrollo económico del país fue por lo tanto extraordinariamente lento, mientras que, en la medida en que los zares continuaban con su proceso “civilizador” y estrechaban su conexión con Europa Occidental, su participación en la política de los grandes estados europeos crecía. El Imperio Ruso debía mantener el nivel de gasto armamentístico a la par de los Estados capitalistas que crecían rápido, mientras que la distancia económica entre ellos aumentaba continuamente. El resultado fue un increíble despilfarro financiero ya en el siglo dieciocho. Los dos métodos utilizados por los gobiernos de los países capitalistas para obtener dinero fueron empleados profusamente: préstamos y falsificación de moneda (la emisión de papel moneda irredimible no es otra cosa). Si el crédito era escaso y nadie quería prestar dinero, entonces se utilizaba la imprenta. Si el Estado encontraba acreedores, la fabricación de dinero falso podía detenerse por un tiempo. Si no había otra alternativa, entonces se intentaba una pequeña bancarrota estatal, como en 1843, cuando el viejo papel moneda fue sacado de circulación y reemplazado por uno nuevo -con la salvedad, sin embargo, de que un rublo nuevo sólo era recibido a cambio de tres billetes y medio del viejo rublo.

La hipoteca del Estado creció así ininterrumpidamente. Es cierto que el crecimiento de la deuda nacional no es una particularidad rusa, y hay incluso algunos economistas burgueses que creen que la base de la prosperidad nacional es una gran deuda nacional. Bajo ciertas condiciones hay un grano de verdad en esta afirmación. El interés de la deuda nacional es de hecho un eterno pago de tributo del Estado a los capitalistas. Esto significa que el Estado explota a las clases productivas para incrementar el capital. El crecimiento de la deuda nacional significa así un crecimiento del proletariado por un lado y del capital por el otro. Si los capitalistas, con quienes el Estado está endeudado, residen dentro de sus propias fronteras, la deuda nacional puede convertirse en un medio para promover el desarrollo de la producción capitalista, cuyos elementos (proletarios y capitalistas) crecen a causa del pago de intereses. Esto empobrece al pueblo trabajador, pero enriquece a la clase capitalista y desarrolla la producción capitalista.

Los efectos de la deuda nacional son, sin embargo, completamente diferentes cuando los acreedores estatales residen fuera del país. Los pagos de intereses sobre la deuda nacional son en este caso un constante drenaje de dinero al exterior. En la medida en que los pagos de intereses se convierten en capital, enriquecen a los países extranjeros, pero empobrecen al país endeudado. En estas condiciones,

la deuda pública produce proletarios locales, pero sólo capitalistas extranjeros. Eso es lo que sucedió en Turquía y, en menor medida, en el Imperio Ruso.

Hay, no obstante, una diferencia entre estos dos países. Turquía se ha vuelto tan indefensa que debe obedecer sumisamente los dictados de los extranjeros. Existe como un Estado independiente sólo gracias a los celos entre las distintas potencias, ninguna de las cuales puede tener todo el botín para sí. Todas acuerdan, sin embargo, en saquear al desafortunado país y en forzar la entrada de sus productos a él, dificultando así el desarrollo de la industria local. A causa de esto, vemos en la economía turca, como en la rusa, una progresiva decadencia de la agricultura y un crecimiento en el número de proletarios, pero, en Turquía, estos proletarios no encuentran trabajo en la industria capitalista. Los pasivos entre ellos se vuelven mendigos; los más enérgicos se vuelven bandidos y rebeldes, que en Turquía nunca desaparecen, no importa a cuántos se ejecute.

Pero Rusia no era tan indefensa como Turquía. Tan pronto como el gobierno ruso se dio cuenta del poder que la industria capitalista confiere al Estado, trató de promover el desarrollo industrial del país. Ciertamente no le faltaron proletarios: la tierra tenía millones de mendigos y campesinos buscando trabajo. ¿Pero dónde encontraría el capital necesario? Era imposible encontrarlo en Rusia. Se debía atraer al capital extranjero para construir ferrocarriles, excavar minas, erigir altos hornos, hilanderías y tejedurías, refinerías de azúcar, etc. Y, como el capital excedente en Europa Occidental, el plusvalor extraído de los trabajadores locales y las posesiones en el extranjero, había crecido tanto en los 1880s que no podía encontrar posibilidades de inversión en el mercado interior y estaba siendo enviado a alto riesgo a lugares tales como Portugal, Grecia, Turquía, Venezuela: ¿por qué no mandarlo a Rusia? Así, con mayoría de capital extranjero, se desarrolló una gran industria en Rusia, que creció con especial velocidad en las últimas dos décadas. Así se conformó una gran parte del proletariado ruso, a partir de lumpenproletarios y campesinos indigentes, transformándose en asalariados, convirtiéndose de mendigos y sirvientes tímidos y serviles en decididos luchadores revolucionarios. Pero este crecimiento de un fuerte proletariado combativo no fue correspondido por un crecimiento similarmente fuerte de la clase capitalista rusa. Estos hechos dieron a la lucha de clases del proletariado en el imperio de los zares un carácter totalmente peculiar.

Cuando el proletariado ruso lucha contra el capital, lucha en gran parte contra los extranjeros, contra los explotadores que empobrecen y debilitan al conjunto de Rusia, que se apropian de todo el plusvalor que el país produce. El proletariado es así el campeón de los intereses comunes de la sociedad rusa.

Por otra parte, el zar, con toda su parafernalia de soldados, cosacos y *chinovniks* [burócratas], aparece como el representante de los intereses de los extranjeros que explotan toda Rusia. El gobierno moderno es en todas partes un mero agente de los capitalistas, pero el absolutismo ruso es el agente del capital extranjero. Es el representante de los intereses de las finanzas europeas contra el pueblo ruso, al que saquea para poder entregarle obedientemente la parte del león del botín. Esa es, en un sentido, una de las fuentes de la fuerza del actual gobierno. Estos usureros internacionales saben qué representante servil de sus intereses tienen en el absolutismo, y por lo tanto lo apoyan con todas sus fuerzas, aun cuando saben la clase de estafadores con la que están tratando. Pero precisamente por esta razón la población políticamente consciente de Rusia sabe muy bien que no puede escapar de este estado de pauperización y miseria sin derrocar al absolutismo; y como el país no tiene una clase capitalista fuerte capaz de oponerse a la política ruinosa del gobierno, la lucha por los intereses de toda Rusia cae sobre los hombros de la única clase moderna fuerte que posee: el proletariado industrial. De esta manera, los obreros rusos son capaces de ejercer una fuerte influencia política, y la lucha por la liberación del país

del pulpo estrangulador del absolutismo se ha convertido en un duelo entre el zar y la clase obrera; un duelo en el que los campesinos brindan una indispensable ayuda, pero en el que no pueden de ningún modo jugar un rol dirigente.

III. Capital nativo y extranjero⁴¹

El análisis de los efectos sociales y políticos del capital proveniente del extranjero, que son distintos de los efectos del capital acumulado dentro del país, no fue planteado por la economía política clásica ni en los trabajos de Marx. Ricardo señaló, en el séptimo capítulo de sus *Principios de economía política y tributación*, cuán difícil era para un capital superar las barreras a la exportación de capital. Estas barreras han desaparecido casi completamente recién en los tiempos modernos.

Por otra parte, la teoría debe investigar el problema de los efectos del capital en su forma más simple, dejando de lado, por ejemplo, la existencia de los países extranjeros, y procediendo bajo el supuesto de que existe una sola comunidad capitalista –así como solo distingue entre capitalistas y trabajadores, haciendo abstracción de la presencia de otras clases, que sin embargo son de gran importancia en la praxis política y social. Sólo luego de que estas relaciones capitalistas son comprendidas en su forma más simple es posible investigar y comprender sus manifestaciones más complejas.

El poder del capital sobre el trabajo asalariado es evidente. Mientras más se acumula el capital y se desarrollan las grandes empresas, más los medios de producción se convierten en monopolio de la clase capitalista, más numerosas son las masas desposeídas, y más imposible es para ellas ganarse la vida de otra manera que no sea la venta de su fuerza de trabajo a los propietarios exclusivos de los medios de producción. Todo esto es bien sabido.

Pero mientras más se desarrolla el modo de producción capitalista y más crece la masa de capital, más dependientes del capital son también las clases dominantes y propietarias no-capitalistas, que a través de sus posiciones de poder son capaces de apropiarse de parte del plusvalor e incluso frecuentemente de una parte del valor de la fuerza de trabajo. Ese es el origen de la renta del suelo de los terratenientes, de los impuestos de los príncipes, etc. Sus tradiciones feudales y sus funciones sociales y políticas en la sociedad contemporánea inducen a estas clases a gastar tanto dinero como sea posible –sólo hay que pensar, por ejemplo, en la carrera armamentista.⁴² Por lo tanto, se encuentran en constante necesidad de dinero y deben pedir prestado una y otra vez a aquellas clases que acumulan capital, bajo cuya influencia caen consecuentemente, sin importar cuánto odio y desprecio sientan hacia sus acreedores.

Finalmente, el poder del capital en la sociedad descansa también en la posición de dependencia en la que se encuentra toda clase improductiva –no sólo aquellas que viven una inútil vida parasitaria como los terratenientes, sino también aquellas que son muy activas y juegan un rol excepcionalmente útil, a veces hasta indispensable en la sociedad.

El consumo personal de los miembros de las clases dominantes y explotadoras es generalmente insignificante; y es relativamente menor, mientras más crece la masa de explotación. Una gran parte del excedente generado por las clases productivas y apropiado por los explotadores siempre ha sido

⁴¹ [Ver los comentarios de Rudolf Hilferding sobre este “análisis penetrante” en Hilferding, *El capital financiero*, Libro Cinco: “Sobre la política económica del capital financiero”, Capítulo 22: “La exportación de capital y la lucha por el ‘espacio económico’”, p. 431, nota 17.]

⁴² [Posiblemente una referencia al rol de los *Junkers* como oficiales del ejército prusiano.]

utilizado para mantener a un estrato improductivo de trabajadores. En este estrato reside en gran medida el poder social y político de los explotadores. Por ejemplo, lo que los señores medievales extraían de los campesinos no era consumido por ellos solos, sino que era utilizado para mantener vasallos y subordinados, bufones y prostitutas, trovadores y astrólogos, capellanes y caballeros, etc. Como todos éstos vivían del producto de la explotación de las clases productivas, se enfrentaban al pueblo como socios de la explotación y como defensores del sistema de explotación.

Mientras más se desarrolla el modo de producción capitalista, más se transforma el capital en el principal medio de explotación, y mayor es el número de trabajadores improductivos empleados por éste. La acumulación es desde luego el principal objetivo de los capitalistas, al que subordinan todos los demás. Mientras el capital sea escaso y su ganancia pequeña, el capitalista será tacaño en su consumo personal; será puritano y estará lleno de desprecio no sólo hacia el lujo y la pompa sin sentido sino también hacia el arte serio y la ciencia. Pero en cuanto más crecen el capital y la tasa de explotación, tanto más fácil se hace para los capitalistas no sólo dejar que la acumulación avance a toda velocidad, sino también incrementar ampliamente su consumo personal y alimentar un ejército de trabajadores improductivos, lacayos de todo tipo, instruidos y analfabetos, estéticos y antiestéticos, éticos y cínicos.

Estos trabajadores improductivos juegan un papel crucial en la defensa de la explotación, en la cual ellos mismos tienen un interés indirecto. No solo disminuyen el número de trabajadores productivos, directamente explotados, de los luchadores contra la explotación. A ellos también pertenece gran parte de la intelligentsia, que influencia los pensamientos y sentimientos de la gente a través de su oratoria, sus escritos y obras de arte. Finalmente, este estrato constituye la escalera más accesible para que los explotados asciendan del ámbito de la explotación a una posición más cercana a la de las clases dominantes. Mientras más amplio sea este estrato, mayores son las posibilidades de ingresar a él desde abajo, más numerosos serán los elementos de entre los explotados que intentarán mejorar su posición de esa manera en lugar de hacerlo a través de una enérgica lucha de clases, y más poderosa será la influencia ejercida por los trabajadores improductivos sobre las ideas de los trabajadores productivos.

¿Cómo se desarrollan estas relaciones en aquellos lugares en los que el capital no proviene de adentro del país sino del extranjero, por lo que el plusvalor que extrae también va a los países extranjeros?

El antagonismo entre empresarios y asalariados, así como el existente entre usureros y deudores, se hará más evidente, será más fácil de reconocer y se sentirá más opresivo, cuando ambas partes pertenezcan a diferentes naciones sin ninguna comunidad cultural. Pero eso sólo es cierto allí donde ambas partes toman contacto *personal*, y por lo tanto en general donde ambas viven en el mismo país. Así, por ejemplo, el dueño o director de una fábrica en Rusia puede ser un judío opuesto a un gentil, o un alemán opuesto a un eslavo. Pero, en el caso del capital *impersonal*, como los préstamos estatales o compañías por acciones, este antagonismo personal está excluido desde el comienzo.

Por otra parte, como ya hemos notado, el drenaje de plusvalor a tierras extranjeras conduce a un empobrecimiento del país en su conjunto, de todas las clases, no sólo de los ocupados productivamente. Pero al principio eso puede pasar desapercibido. El primer efecto del capital que viene del extranjero es incrementar la cantidad de capital del país, expandir la demanda de medios de producción y el número de trabajadores empleados en su producción, y en consecuencia también incrementar el consumo de objetos de consumo personal. Sólo gradualmente estos efectos del drenaje de plusvalor al extranjero hacen su aparición, hasta que finalmente se vuelven tan masivos que pueden, a lo sumo, ser sólo temporalmente ocultados por extensivas importaciones de capital.

El efecto de los préstamos extranjeros que prácticamente no aportan capital al Estado, y cuya función es, por ejemplo, el pago de intereses adeudados a acreedores extranjeros o la compra improductiva de productos de la industria extranjera, como cañones o naves de guerra, es, desde el principio, empobrecer al país.

En un primer momento, el endeudamiento creciente de Rusia con los países extranjeros, en los 1880s, pareció inaugurar una era de crecimiento económico. Y todavía hay gente lo suficientemente tonta para creer que, si la paz y el orden se restablecen en Rusia, traerán consigo la prosperidad general -sin tener que hacer la más mínima alteración en el actual régimen burocrático-militar o en el creciente endeudamiento con países extranjeros que resulta de éste.

Pero lo que debe resultar evidente desde el principio en un país con industria capitalista, donde el capital fue provisto principalmente desde el extranjero, es la falta de un estrato significativo de trabajadores improductivos (sirvientes e intelectuales) dependientes del capital. El número de trabajadores improductivos puede ser bastante grande en términos absolutos, pero el capital tendrá menos influencia sobre ellos. Si brindan servicios personales, principalmente dependerán de otras clases -terratenientes, por ejemplo. Si son intelectuales, vivirán en la pobreza, pero serán menos dependientes de los sentimientos e ideas capitalistas.

Los capitalistas sólo tienen influencia sobre aquellos estratos en los que consumen su plusvalor, no sobre aquellos a quienes se lo extraen. Un financista francés lo suficientemente audaz para invertir su dinero en títulos del gobierno ruso o en acciones industriales o del ferrocarril rusa no empleará sirvientes rusos sino franceses; se divertirá con actrices francesas, no rusas; será el Mecenas⁴³ de músicos, pintores y poetas franceses; recibirá en sus salones a políticos y académicos franceses, no rusos; y patrocinará, si es piadoso o quiere preservar la religión para las masas, monasterios franceses, no rusos; sobornará a periodistas franceses, no rusos. El plusvalor producido en Rusia sirve así para incrementar su influencia en Francia, no en Rusia.

Esa es una razón importante por la cual la mayoría de los intelectuales en ningún lugar tiene, por un lado, un menor nivel de vida y, por otro lado, una mayor independencia del capital, un antagonismo más fuerte hacia él, una mayor comprensión del proletariado y una devoción más ardiente a su causa, que en Rusia.

Aquellos estratos cuya profesión en Europa Occidental es poner a dormir y desviar la conciencia de clase del proletariado, en su mayoría trabajan en Rusia incansablemente para instruir al proletariado sobre su posición de clase. En ninguna parte existe un número mayor de agitadores socialistas teóricamente educados que en el país de los analfabetos.

Si el proletariado ruso, en su lucha contra el capital y su herramienta, el absolutismo, representa los intereses vitales de toda la sociedad más que el proletariado de cualquier otro país, también es instruido e inspirado, en una medida mayor que el proletariado de cualquier otro país, por un enorme ejército de representantes del pensamiento y de la investigación científica moderna, así como de la moderna sensibilidad artística.

⁴³ [Gaius Maecenas (c. 70-8 a. C.) era un consejero del emperador romano Augusto y un adinerado patrocinador de la literatura y las artes.]

IV. El capitalismo inglés

Completamente diferente de Rusia son los efectos del desarrollo capitalista en un país como Inglaterra, donde, por un lado, en décadas recientes el mercado para la industria e incluso la industria misma se expandieron lentamente, y por el otro la masa de plusvalor que fluye hacia la clase capitalista, y por lo tanto la acumulación de capital nuevo, son colosales; donde, año tras año, una masa constantemente creciente de capital, en lugar de convertirse en capital industrial en el mercado interno, fluye hacia países extranjeros como capital monetario para asumir allí la forma de préstamos estatales improductivos, o de capital industrial o mercantil.

El número de capitalistas en un país tal será desproporcionadamente mucho mayor de lo que correspondería a su grado de desarrollo industrial. Bajo ciertas circunstancias, su número puede aumentar aún más rápidamente que el número de proletarios, pero se debe tener cuidado de no tomar este caso como típico de la sociedad capitalista. Cada extremo puede estar presente en un país sólo en la medida en que el extremo opuesto exista en otro país.

A un número desproporcionadamente grande de capitalistas corresponde también un número desproporcionadamente grande de sirvientes, así como de miembros de las así llamadas profesiones liberales...⁴⁴ Si los miembros de este estrato social son especialmente numerosos en Inglaterra, son también dependientes del capital al grado máximo. Dejando de lado los sirvientes domésticos, también los artistas, académicos y escritores ingleses están más que en ninguna otra parte dentro de la esfera de influencia del capitalismo; primero, porque una proporción mucho mayor de ellos son económicamente dependientes de los capitalistas como clientes o empresarios, y segundo, porque una parte inusualmente grande de miembros de las profesiones liberales está directamente interesada en la explotación capitalista.

En contraposición al empresario industrial o comercial, el capitalista monetario [*Geldkapitalist*] -por ejemplo, el propietario de bonos del Estado o acciones- está en la cómoda posición de virtualmente no tener que dedicar tiempo a la administración de su propiedad. Un banco demanda una cantidad mínima de trabajo administrativo por parte de sus dueños. Junto con los terratenientes, el capitalista monetario es la persona más ociosa y superflua de la sociedad capitalista. Eso le da la oportunidad, de la que usualmente hace uso extensivo, de matar el tiempo de la forma más estúpida posible. Emplear sus fortunas con inteligencia y buen gusto, como hicieron muchas aristocracias terratenientes en países de culturas antiguas como Atenas o Francia, está más allá de las capacidades de los capitalistas modernos, algo que los magnates financieros norteamericanos, en particular, lo han demostrado de la manera más palpable. Pero, donde el número de capitalistas monetarios es grande, siempre habrá algunos que utilicen su tiempo ocioso para emprender trabajos artísticos y científicos o que se interesen en su promoción.

Además, el desarrollo del capital monetario impersonal invertido en acciones de bancos, ferrocarriles o industriales, y en bonos de la deuda pública, estatales, provinciales o municipales, crea la posibilidad de transformar hasta la cantidad más pequeña de dinero en capital-dinero. Eso impresiona poco a los asalariados, porque su antagonismo hacia la clase capitalista que los explota es demasiado fuerte para ser

⁴⁴ [Kautsky brinda aquí estadísticas, que han sido omitidas, para ilustrar el punto. Ésta y todas las tablas estadísticas siguientes son reproducidas en su totalidad en la versión inglesa del artículo de Kautsky publicado en la edición de noviembre de 2003 de la revista *Historical Materialism*.]

superado por el interés que puedan recibir de sus magros ahorros. Pero sí tiene una fuerte influencia en los miembros de la *intelligentsia*, que frecuentemente obtienen grandes sumas de dinero excedente, y que están mucho más cerca de la clase capitalista en sus estándares de vida y conexiones sociales, y usualmente no se sienten explotados por ésta.

Todas estas circunstancias significan que las ideas y los sentimientos capitalistas están altamente desarrollados en la *intelligentsia* inglesa. Mientras que los intelectuales rusos aún preservan una fuerte sensibilidad comunista, por lo que, por ejemplo, compartir los excedentes monetarios con sus camaradas les parece algo natural, entre la *intelligentsia* inglesa, así como entre la clase capitalista, predomina la aspiración a acumular todo excedente y convertirlo en capital. No es sorprendente que haya muy pocos intelectuales ingleses de quienes el proletariado pueda obtener un análisis sobre su posición de clase, sobre sus intereses y tareas de clase, más profundo que el análisis que pueda hacer por sí mismo en base a su experiencia cotidiana.

Pero los sirvientes y miembros de la *intelligentsia* no sólo son más numerosos y más dependientes del capital en Inglaterra que en cualquier otro país; las grandes exportaciones de capital, que dan lugar a una fuerte afluencia de plusvalor hacia el país, también hacen la oposición del proletariado al sistema capitalista más débil de lo que correspondería al grado de desarrollo industrial de Inglaterra. Mientras que, en un país como Rusia o India, la explotación capitalista conduce a un constante empobrecimiento del país, en Inglaterra es un medio para enriquecer más y más al país, para acumular en él un botín constantemente creciente, que fue obtenido saqueando a todo el mundo. Pero también las clases desposeídas se benefician de ello en muchos aspectos. Cuanto mayor sea el plusvalor proveniente de tierras extranjeras, mayor serán las sumas de dinero que fluyan al Estado y a las comunidades en forma de impuestos, y mayores serán las posibilidades de tratar a los pobres con consideración o de aumentar el número de empleos públicos. Si Inglaterra es aún el país del librecambio, esto se debe parcialmente a la creciente explotación de países extranjeros. Lo mismo sucede con Holanda. Las tarifas proteccionistas también son tributos financieros, impuestos al consumo de las grandes masas del pueblo. En Inglaterra, la masa de plusvalor que fluye anualmente a la clase capitalista desde el exterior es tan enorme que puede renunciar al uso de esos medios que desangran al pueblo. Tanto para el capital monetario como para el capital comercial, las tarifas proteccionistas no son medios para incrementar sus ganancias como lo son para el capital industrial. Gracias a la preponderancia de las primeras dos formas de capital, Inglaterra mantiene su política de libre comercio y rechaza la moderna política proteccionista, que agudiza considerablemente los antagonismos de clase entre proletarios y capitalistas porque grava pesadamente a los primeros en beneficio de los segundos.

La masa de plusvalor que fluye hacia el país también facilita la práctica de la caridad, que en ningún otro lugar está tan desarrollada como en Inglaterra. De seguro, la parte del león de este dinero cae en las manos de los vástagos de las clases poseedoras y de los miembros de la *intelligentsia*; los costos administrativos de las instituciones filantrópicas en Inglaterra son enormes. Lo que queda para los verdaderos pobres es relativamente poco y es totalmente inadecuado para paliar, aún hasta cierto punto, la espantosa pobreza, que se ve claramente en los datos de desempleo. Pero es suficiente para mitigar la oposición de muchos trabajadores al sistema capitalista.

Sin dudas, la oposición entre el proletariado y el capital *industrial* en Inglaterra ha estado creciendo desde la década de 1880. A partir de entonces, la industria británica perdió su predominio en el mercado mundial y ha sido expuesta a la enconada competencia de Estados industriales crecientemente más peligrosos. Pero los obreros ingleses sólo con dificultad se resuelven a ampliar su lucha contra el

empresario industrial a una lucha contra todo el sistema de explotación capitalista. Se oponen a manifestaciones particulares de dicho sistema, tales como los talleres clandestinos [*Schwitzsystem: sweatsshops*] o el desempleo, sin preguntarse en qué medida éstas se conectan con el conjunto de la sociedad capitalista y sin oponerse a esta sociedad en todas sus manifestaciones, sin asaltar sus posiciones de poder. Durante la Guerra Boer, el chauvinismo no encontró oposición enérgica en sus filas.⁴⁵ Incluso muchos socialistas rindieron homenaje al imperialismo en dicha ocasión. Por el mismo motivo, hacen oídos sordos a las lamentaciones de India. Es cierto que el nuevo Partido Laborista quiere permanecer independiente tanto de los Liberales como de los Conservadores, pero hasta ahora se ha negado a adoptar un programa definido por miedo a que sea uno socialista. Y hasta Keir Hardie se sintió obligado a polemizar contra la idea de la lucha de clases hace un año.⁴⁶

Por ello, al contrario de Rusia, el capitalismo en ningún lugar es más fuerte, las ideas socialistas no encuentran en ningún otro lado más obstáculos dentro de la misma clase obrera, que en el país en el que *dos tercios* de las personas con empleo remunerado son obreros industriales o del ferrocarril.

De seguro, el capitalismo inglés sufrirá un espantoso colapso cuando las tierras oprimidas se rebelen y se nieguen a continuar pagándole tributo. Si Inglaterra pierde India, Egipto y Sudáfrica, una masa de plusvalor que hoy va a enriquecer al país permanecerá en el extranjero; los obreros deberán pagar mayores impuestos; el capital industrial nuevamente tendrá la voz decisiva; y el antagonismo entre capitalistas y obreros se agudizará al grado más alto. Si esto no sucede incluso antes, el socialismo se volverá entonces inevitable en Inglaterra. Hasta entonces, sin embargo, librará una lucha más difícil allí que en países muchos más atrasados.

V. El capitalismo en los Estados Unidos

Estados Unidos representa otro tipo especial de desarrollo. Como país capitalista no es más antiguo que Rusia. Según Bryce, en el período entre 1830 y 1840 en los Estados Unidos había pocas grandes fortunas y no había pobreza. En 1845, por primera vez hubo en Filadelfia 10 millonarios; en Nueva York en 1855 sólo había 28. Fue la Guerra Civil de 1861-65 la que trajo de repente a los capitalistas al poder en los Estados Unidos. Desde entonces, el capitalismo se ha desarrollado con una velocidad tremenda. La acumulación y la concentración de capital han hecho rápidos progresos. En 1892 había, según el informe de Cleveland Moffett en *Wilshire's Magazine*, 200 millonarios en Filadelfia y 2.000 en Nueva York. “A pesar de su juventud, ya hoy día los Estados Unidos están muy por delante de los demás países en lo tocante al poder del capital y al nivel de acumulación del capital”, dice Sombart en su ya mencionado trabajo.

El poder financiero total de los EE.UU. (*the banking-power*), es decir, el conjunto del capital, las reservas, los depósitos y el dinero en circulación, asciende a 13.826.000.000 de dólares, mientras que la cifra correspondiente para los demás países del mundo llegaría sólo a 19.781.000.000 de dólares. No nos deben sorprender las sumas de capital que se han invertido en la industria en los últimos veinte años. Según las estadísticas oficiales, el capital invertido en *Manufactures* era:

1880 = 2.790.272.606 dólares

⁴⁵ [Durante la Guerra de Sudáfrica, o Guerra Boer (1899-1902), Gran Bretaña luchó contra los colonos holandeses en el Transvaal y el Orange Free State.]

⁴⁶ [James Keir Hardie (1856-1915), líder laborista británico, fue elegido al Parlamento en 1892 como un Independiente y en 1906 dirigió al Partido Laborista en la Cámara de los Comunes.]

1890 = 6.525.050.759 dólares
 1900 = 9.831.486.500 dólares⁴⁷

La concentración de capital sale a la luz claramente en la magnitud de los *trusts* norteamericanos. Sombart da un panorama de éstos basado en el trabajo de Moody sobre los *trusts*, publicado en 1904⁴⁸, y sintetiza sus resultados en estas palabras:

Sumando todas estas corporaciones gigantescas, que dan entidad a la mayor parte de la vida económica norteamericana, se llega a la cifra enorme de 8.664 plantas «controladas» y a un capital nominal de 20.379 millones de dólares. ¡Imagínese: 85.000 millones de marcos en las manos de esos empresarios!⁴⁹

El camarada Simons, en su excelente trabajo recientemente publicado, que ofrece una breve sinopsis del desarrollo socioeconómico de los Estados Unidos desde sus orígenes, estima que las fortunas contemporáneas de los *trusts* son aún mayores: treinta mil millones de dólares, es decir, 120 mil millones de marcos.⁵⁰

La fortuna personal del más rico de los magnates de las finanzas, John D. Rockefeller, fue estimada en mil millones de dólares, un monto igual al de las indemnizaciones de guerra que Francia tuvo que pagar a Alemania en 1871 [como resultado de su derrota en la Guerra Franco-Prusiana] -una suma entonces inaudita, que muchos dudaban que la rica Francia pudiera reunir.

Es cierto, la fortuna de Rockefeller supera por mucho a la de sus pares magnates. Los nueve más ricos de ellos (Andrew Carnegie, Marshall Field, W.R. Vanderbilt, J.J. Astor, J.P. Morgan, Russell Sage, J.J. Hill, William A. Clarke y William Rockefeller) poseen todos juntos aproximadamente lo mismo que él solo. Pero el capital que ellos pueden comandar o “controlar” es mucho más grande del que poseen. ¿De dónde proviene ese fabuloso crecimiento del capital?

Sobre todo, proviene del hecho de que en Estados Unidos no existía un poder significativo con el cual el capital tuviera que compartir su plusvalor y que malgastara su porción improductivamente. Gracias a

⁴⁷ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 280.

⁴⁸ [John Moody, *The Truth about the Trusts: A Description and Analysis of the American Trust Movement*, New York: Moody Publishing Company, 1904.]

⁴⁹ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, pp. 280-281.

⁵⁰ [Algie Martin Simons, *Class Struggles in America*, Second Edition, Chicago: Charles H. Kerr & Company, 1906, p. 116. Una versión alemana fue publicada en 1909 como suplemento de *Die neue Zeit*: Algie Martin Simons, *Klassenkämpfe in der Geschichte Amerikas*, Übersetzt von B.L., *Die neue Zeit*, 28. Jg., 1. Bd (1909), Ergänzungshefte, Heft 7. Cuando Macmillan publicó una edición ampliada, de 320 páginas, dos años más tarde, bajo el título *Social Forces in American History*, Kautsky la reseñó de la siguiente manera: “No es necesario ofrecer una descripción de los contenidos de este libro a los lectores de *Die neue Zeit*. Ya hemos publicado como suplemento, en 1909, un trabajo del camarada Simons titulado *Luchas de clases en los Estados Unidos*, que contenía las principales ideas del presente trabajo. Ahora ha expandido y pulido aquel corto análisis, haciéndolo más claro y persuasivo. Es de esperar que también aparezca en alemán. Es valioso como ilustración de lo fructífero de la concepción materialista de la historia, y constituye una nueva piedra angular para la construcción de una sola historia universal materialista, que gradualmente está llegando a ser completada. En su forma presente, el libro presupone que el lector ya conoce los hechos más importantes de la historia norteamericana. Pero no será difícil para el lector alemán agregar por sí mismo la información necesaria. Recibirán con eso un panorama bastante claro de la historia de los Estados Unidos”. (Karl Kautsky, ‘A.M. Simons, *Social Forces in American History*’, *Die neue Zeit*, 1912, Vol. 30, No. 2, p. 631.) La apreciación de Kautsky no debe ser interpretada como un respaldo incondicional al libro de Simons, que para el lector contemporáneo está claramente marcado por prejuicios racistas y populistas -especialmente en el análisis de la Guerra Civil y la Reconstrucción.]

las enormes extensiones de tierra desocupada⁵¹, hasta hace poco no había renta de la tierra de ninguna importancia en los Estados Unidos, no existía una clase de terratenientes capaces de apropiarse de una parte del plusvalor para despilfarrarla de la manera en que lo hacían los terratenientes feudales europeos. Hago abstracción aquí de los dueños de plantaciones de esclavos del Sur, cuyo régimen terminó cuando comenzó el de los capitalistas. Además, Estados Unidos estaba en la cómoda posición de estar tan lejos de los asuntos europeos y tan libre de la amenaza de cualquier invasión que no tenía que sacrificar mucho para el militarismo. Su marina y su ejército eran pequeños. El ejército norteamericano en 1870 sólo tenía 35.000 hombres, en 1903, 60.000. Este ejército, compuesto de conscriptos, era relativamente caro, pero el país se salvó de la sangría causada en Europa por la ocupación improductiva de tantos millones de sus mejores trabajadores. Solamente en el Imperio Alemán hay actualmente más de 600.000 hombres que son retirados del proceso de producción de esa manera. Si suponemos que cada uno de ellos podría haber producido un valor anual de 2.000 marcos (salarios y plusvalor en sus diferentes formas), eso significa que el pueblo alemán pierde anualmente como resultado del militarismo, junto con los miles de millones que cuesta el ejército, otros mil millones de marcos adicionales en capacidad productiva despilfarrada.

Si agregamos a esto la suma, sobre la cual virtualmente no existen datos estadísticos, que cada año es malgastada improductivamente por los señores feudales terratenientes como renta del suelo (la renta del suelo que fluye cada año a los terratenientes en Inglaterra fue estimada en 300 millones de libras esterlinas, es decir, 6.000 millones de marcos), obtenemos sólo en Alemania –aunque lo mismo sucede en los otros estados europeos- una enorme suma que es sustraída de la economía cada año debido a la existencia de la propiedad privada de la tierra y al militarismo, y que podría sido empleada para aumentar el consumo personal de la clase obrera o bien en la acumulación de nuevo capital.

No sorprende que, en los Estados Unidos, donde lastres de este tipo no existían, el capital haya crecido mucho más rápido que en Europa, y que Europa fuera cada vez más superada por los Estados Unidos. Pero, en contraposición a Inglaterra, este capital se quedó en el país y sirvió principalmente al desarrollo de la industria, ya que mientras la expansión del mercado doméstico para la industria inglesa se desaceleraba constantemente, el mercado para la industria norteamericana crecía. Esto se debió, una vez más, a la cantidad de tierra libre que aún no había sido apropiada por propietarios privados, así como a la insignificancia de las cargas que pesaban sobre los agricultores norteamericanos. Gracias a las altas tasas de crecimiento demográfico, así como a la inmigración, sólo se tenía que hacer que estas tierras fueran abiertas al cultivo para incrementar rápidamente el número de granjas y por lo tanto el tamaño del mercado interno.

Esto se hizo a través de la construcción de ferrocarriles en páramos desiertos. Las vías férreas en los Estados Unidos han tenido un significado totalmente distinto para la expansión de la industria y su mercado doméstico del que tuvieron en Europa.

Toda Europa tenía 296.000 kilómetros de ferrocarriles en 1902; Alemania, 53.700; en contraste, los Estados Unidos tenían 326.000 kilómetros de ferrocarriles.

⁵¹ [Desocupada después del genocidio de la población nativa: ver Dee Brown, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee: Historia india del Oeste americano*, Turner Publicaciones S. L., 2012.]

El número de personas con trabajo remunerado ocupadas en la agricultura creció en los Estados Unidos [de casi 6 millones en 1870 a más de 10 millones en 1900. En Inglaterra, en cambio, decreció, como también ha sucedido recientemente en Alemania].⁵²

La población agrícola de los Estados Unidos por lo tanto creció de una manera completamente distinta que la de Europa. Además, no sólo su tasa de crecimiento sino también su capacidad de consumo se diferenciaba de la población agrícola europea. El agricultor (*farmer*) norteamericano es totalmente diferente del trabajador agrícola inglés, así como del pequeño campesino ruso o incluso del pequeño campesino alemán. Hasta ahora, él tenía usualmente a su disposición al menos tanta tierra como pudiera cultivar, y del valor que producía usualmente no tenía que pagar renta de la tierra (ni en forma de renta de arrendamiento [*Pachtzins*] ni de intereses hipotecarios) hasta hace sólo dos décadas. En gran medida, eso sigue siendo cierto aún hoy. También tenía que entregar al Estado menos dinero que el campesino europeo y era libre del tributo en fuerza de trabajo que representa el servicio militar obligatorio. Así, la mayoría del valor que producía se quedaba con él, y le servía ya sea para su consumo personal o para renovar y mejorar sus aparatos técnicos: en ambos casos proveía un mercado para la industria. Además, los ferrocarriles, con sus inmensas necesidades, también constituían una clientela siempre creciente para la industria. Los ferrocarriles, sin embargo, estaban íntimamente ligados a la agricultura, ya que su ganancia dependía mayormente del transporte de productos agrícolas.

Estas peculiares condiciones norteamericanas fueron no sólo especialmente favorables para la acumulación de capital; sino que también posibilitaron que esta enorme masa de capital acumulado encontrara empleo dentro del país y particularmente en la industria —incluyendo a los ferrocarriles.

Toda la clase capitalista del país tuvo, por lo tanto, directa o indirectamente, el mayor interés en la mayor explotación de la clase obrera, porque de ello dependía el nivel de su ganancia. Estaba más unida y era más hostil hacia la clase obrera que la clase capitalista de Inglaterra, donde el capital monetario y mercantil a menudo tienen intereses diferentes de los del capital industrial, y donde los capitalistas en parte obtienen sus ganancias de fuentes que no son la explotación de los obreros locales.

VI. Las divisiones nacionales de los obreros norteamericanos

Si los capitalistas en los Estados Unidos son una clase mucho más homogénea que en Inglaterra, en ningún lugar es la clase obrera más heterogénea que en los Estados Unidos.

Eso es también un resultado del excedente de tierra que hasta hace poco existía en la Unión. Sin grandes gastos, cada norteamericano [blanco] saludable con algún conocimiento de agricultura era capaz de convertirse en un agricultor independiente y así evitar ser explotado como un trabajador asalariado. La población nativa norteamericana proporcionaba por lo tanto pocos trabajadores; y dado que tanto el capital como el mercado para la industria crecían rápidamente, la demanda de asalariados era grande mientras que la oferta entre las filas de la población nativa era reducida.

Desde el comienzo, los salarios de los obreros norteamericanos debían ser altos porque las relaciones sociales descritas arriba permitían a los agricultores producir y quedarse para sí con una masa considerable de productos. En su análisis del valor de la fuerza de trabajo, Marx remarcó en *El Capital* que “por oposición a las demás mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo encierra

⁵² [Se omitieron las estadísticas.]

un elemento histórico y moral”.⁵³ Pero este elemento tiene una base natural, y es el rendimiento promedio de la pequeña propiedad campesina. El pequeño campesinado es el gran proveedor de fuerza de trabajo adicional para los capitalistas; produce en la mayoría de los países una numerosa progenie que no puede encontrar su sustento en la agricultura y termina en la industria; por lo que los salarios para el trabajo industrial simple, no calificado, están determinados por los estándares de vida de los hijos de los pequeños campesinos que fluyen hacia la industria o se convierten en la mano de obra agrícola de los campesinos ricos. El trabajo de los campesinos y de los jornaleros agrícolas no es para nada simple. Todo lo contrario, es muy complicado y requiere un largo aprendizaje. Pero, para la industria, este aprendizaje es inútil; en la industria, los asalariados provenientes de la agricultura son, por regla general, empleados al principio sólo como trabajadores no calificados.

El standard de vida de los campesinos, a su vez, depende de la cantidad y de la calidad de la tierra a su disposición, de la eficiencia de sus herramientas y métodos de trabajo y, finalmente, de la porción de su producto que le tienen que entregar a los terratenientes, al clero y al Estado.

En último análisis, estas relaciones sociales determinan la base de los salarios en un país dado. Que éstas no fueron más favorables en ningún otro lugar que en los Estados Unidos no requiere, luego de lo que se ha dicho, mayor explicación. El agricultor norteamericano tenía suficiente tierra a su disposición, tierra fértil, con pocas erogaciones monetarias en forma de renta e impuestos, y sin el drenaje que representaba el servicio militar. Producía un excedente lo suficientemente grande para la adquisición de herramientas de trabajo eficientes que, a su vez, incrementaban la producción agrícola; y la educación popular era lo suficientemente universal y buena para permitir su empleo inteligente. Los estándares de vida de los pequeños campesinos, que son determinantes para el conjunto de la clase obrera, debían ser por lo tanto bastante elevados.

Pero, aun cuando los capitalistas estuvieran dispuestos a pagar los salarios correspondientes, en los Estados Unidos no tenían perspectivas de recibir del campesinado un número suficiente de obreros. La abundancia de tierra libre atrajo a las generaciones sucesivas a fundar nuevas granjas en lugar de caer en la dependencia en las ciudades. A pesar de su fertilidad, la tasa de crecimiento natural del proletariado urbano es muy baja y a menudo negativa, porque su tasa de mortalidad es también muy alta. Y con salarios altos no era difícil ahorrar el dinero suficiente para fundar una nueva granja, ya que el precio de la tierra era prácticamente nominal. Por estos motivos, incluso numerosos elementos del proletariado urbano repetidamente dejaban su clase para convertirse en agricultores.

Bajo estas circunstancias no se podría haber desarrollado un proletariado masivo, sin el cual el capital industrial no puede prosperar; y el capital hubiera seguido adoptando la forma de capital mercantil y dinerario si no hubiera venido un factor poderoso a su rescate: la *inmigración* masiva de obreros extranjeros. Por un lado, los dueños de plantaciones del Sur importaron compulsivamente trabajo esclavo de África, por el otro, llegaron trabajadores en gran número por su propia voluntad desde Europa; al principio especialmente de Inglaterra, Irlanda y Alemania, luego de Italia, Austria y Rusia. Eran atraídos por la perspectiva de convertirse en agricultores independientes o de ganar altos salarios en las ciudades. El primer grupo incrementó el número de agricultores y por lo tanto el mercado para la industria y la clientela para los ferrocarriles; el segundo, falto de medios o de conocimientos agrícolas, proveyó al capital industrial de la necesaria fuerza de trabajo.

⁵³ [Karl Marx, *El Capital*, tomo I, Sección Segunda, Capítulo IV: “3. Compra y venta de la fuerza de trabajo”. Con “elemento histórico y moral” Marx se refiere a los estándares de vida convencionalmente aceptados, los cuales varían según la época y el lugar.]

Así, los inmigrantes extranjeros siempre jugaron un gran rol en la economía norteamericana, y constituyen un porcentaje especialmente grande de los asalariados...⁵⁴

Consecuentemente, los asalariados blancos de parentesco norteamericano, que a fin de abreviar llamaremos anglo-americanos, no representan ni la mitad del número total de personas empleadas como asalariadas. Constituyen un tercio de los empleados en el servicio doméstico y personal, y sólo dos quintos de los obreros industriales...⁵⁵

Los datos muestran claramente que los blancos de parentesco norteamericano sólo están representados débilmente en el proletariado industrial. En muchas ramas importantes de la industria constituyen sólo un cuarto, y a veces tan solo un quinto o un décimo de los asalariados.

Es especialmente pequeño el número de anglo-americanos en Nueva York. De 1.102.471 asalariados, sólo 195.205 son blancos de parentesco americano; de 419.594 obreros industriales, sólo 52.827; de 55.095 obreros textiles, sólo 580. Por esa razón, Nueva York es considerada en los Estados Unidos como un suburbio europeo.

Los obreros dentro de los grupos particulares no son, sin embargo, una masa homogénea. Los inmigrantes, sobre todo, presentan un cuadro muy variado. El grupo más grande entre ellos son los alemanes, que constituyen el 29.5% de los inmigrantes, los irlandeses (21,7%) y los ingleses (9,3%). Los inmigrantes de cada nacionalidad se distribuyen entre diferentes ocupaciones en proporciones muy distintas...

La socialdemocracia austriaca experimentó muchas dificultades debido a la multiplicidad de naciones de las que era reclutado el proletariado de ese país. Pero al menos estas naciones no son extrañas; se desarrollaron bajo el mismo gobierno, las mismas leyes, a veces hasta las mismas tradiciones culturales –por lo que, por ejemplo, un alemán bohemio se distingue de un checo solamente por su lenguaje. En los Estados Unidos, por el contrario, los inmigrantes son tan distintos unos de otros, así como de la población nativa, por su raza, religión y particularidades culturales, que apenas pueden entenderse entre sí, aun cuando hayan aprendido a hablar el mismo idioma. En ningún lugar es tan difícil como allí reunir a las masas en un movimiento uniforme.

Mientras que en Rusia una parte muy grande del capital viene del extranjero, haciendo a la población más débil y al proletariado más fuerte de lo que deberían ser según el grado de desarrollo industrial del país, en los Estados Unidos una sección considerable del proletariado industrial proviene del extranjero, de hecho, de todas partes del globo, mientras que su capital es totalmente indígena y está casi completamente confinado al círculo de intereses del capital industrial. Aquí, el capital es más fuerte y el proletariado más débil de lo que deberían ser según el grado de desarrollo industrial del país.

VII. La falta de romanticismo revolucionario en los Estados Unidos

Una de las razones más importantes de la relativa debilidad del proletariado norteamericano y de la relativa fortaleza del proletariado ruso es la diferente medida en que el capital y el proletariado

⁵⁴ [Hemos omitido aquí los datos estadísticos de Kautsky del censo de 1900 que elabora este punto e indica el número de trabajadores norteamericanos y extranjeros empleados en las distintas ocupaciones.]

⁵⁵ [Se omitieron las estadísticas.]

provienen del extranjero, pero no es la única. Otra razón es que la mayoría de los obreros rusos está imbuida de lo que algunos de nuestros camaradas gustan llamar desdeñosamente “romanticismo revolucionario”, mientras que la mayoría de los obreros norteamericanos son conducidos por un espíritu de “saludable *Realpolitik*” que se ocupa sólo con cosas tangibles y cercanas -una característica que llena a los camaradas antes mencionados de admiración.

Estas diferentes visiones del mundo no se originaron en las diferentes características raciales de Rusia y los Estados Unidos, sino en las disimilitudes en el desarrollo histórico de ambas naciones.

El obrero ruso se desarrolló en un Estado que unía al barbarismo del despotismo oriental con los medios de coerción desarrollados por el absolutismo moderno en el siglo dieciocho: es en este marco que se desarrolló el modo de producción capitalista en Rusia. Tan pronto como el proletariado se comenzó a mover, se encontró inmediatamente con obstáculos casi insuperables en todas las direcciones, experimentó la locura de la situación política de la manera más dolorosa, aprendió a odiarla, y se sintió obligado a luchar contra ella. Era totalmente imposible reformar esta situación; el único curso posible era una revolución total del orden establecido. Así, los obreros rusos se desarrollaron como revolucionarios instintivos, que adoptaron con entusiasmo el pensamiento revolucionario consciente porque solamente articulaba de una manera más clara y precisa lo que ellos ya habían sentido y sospechado. Y encontraron a un fuerte estrato de intelectuales que, como ellos, sufrían bajo las condiciones existentes, como ellos estaban condenados a una existencia miserable, como ellos sólo podían existir en una lucha constante contra el orden de cosas existente, y como ellos sólo podían esperar la liberación a través de una revolución total. Estos intelectuales llevaron a los obreros la claridad y la solidez teórica de su impulso revolucionario. Nada es más adecuado para el desarrollo espiritual de un pueblo que el pensamiento revolucionario, porque nada puede darle un propósito más elevado. El pensador revolucionario siempre tiene a *todo* el Estado y la sociedad en vista; no necesita ser ciego a los pequeños detalles de la vida cotidiana, pero no gasta todas sus fuerzas en ellos; ve en ellos sólo parte de un todo mayor, y les asigna su lugar adecuado; investiga sobre todo cómo estos pormenores lo afectan y cómo puede ejercer una influencia sobre ellos; por lo tanto, aprende a apreciarlos correctamente y se mantiene libre de cualquier ilusión sobre sus efectos.

Como sus objetivos son tan vastos, aprende a considerar los eventos en términos de los periodos históricos en los que pueden ser alcanzados; no se deja desmoralizar por las derrotas o cegar por los éxitos parciales. Puesto que examina cada aspecto particular en conexión con el todo, no se deja confundir con panaceas que prometen liberar a todo el Estado y a toda la sociedad de todos sus males, rápidamente y sin dolor, simplemente cambiando un solo fenómeno. Finalmente, porque tiene ante sus ojos al conjunto de la sociedad, reconoce más claramente las grandes líneas de demarcación que separan a las distintas clases, a pesar de los puntos de contacto particulares; comprende el significado y los problemas de la lucha de clases más claramente y es capaz de infundir mayor resolución y unidad de propósito a las luchas de su propia clase.

La visión del mundo revolucionaria otorgó así al proletariado mayor fuerza y continuidad en su desarrollo; el “romanticismo” revolucionario resultó ser de la mayor utilidad práctica para los trabajadores. Es sobre todo gracias a él que los obreros industriales rusos, desorganizados, incultos, y privados de derechos democráticos, fueron capaces, en un país predominantemente campesino, de tener en jaque al régimen absolutista ante el que todas las clases poseedoras se humillaban, no sólo en Rusia sino también en Europa.

Las cosas son diferentes en los Estados Unidos. Si Rusia es el país menos libre, los Estados Unidos son el país más libre de todo el mundo capitalista; más libre aún que Inglaterra y Suiza, donde la aristocracia medieval hundió fuertes raíces y donde, aun en el siglo diecinueve, la igualdad política y el derecho de asociación debieron ser obtenidos a través de duras luchas. Los Estados norteros de la Unión, fundados por campesinos y fugitivos pequeñoburgueses durante el periodo de las guerras religiosas que siguió a la Reforma, soportaron por largo tiempo la carga de las tradiciones europeas, pero eventualmente desarrollaron, en correspondencia con sus condiciones económicas, constituciones que otorgaban la mayor libertad e igualdad [para los colonos blancos]. Y las relaciones sociales prevaletantes, sobre todo la existencia de una reserva inagotable de tierra que hizo a este primer y más importante medio de producción accesible a todos, por un largo tiempo evitaron la formación de un proletariado masivo y aseguraron que esta libertad e igualdad no existieran sólo en el papel. La escasez de personas educadas abrió las puertas de la administración estatal, la práctica del derecho y el periodismo, en pocas palabras, los dominios más importantes de la intelligentsia, a todo ciudadano intelectualmente enérgico, el cual podía adquirir sin grandes dificultades los conocimientos necesarios para cumplir estos roles. Eso se hizo relativamente más fácil a través del sistema popular de educación, que era universal y muy bueno. Bajo estas condiciones, no se podía desarrollar una aristocracia intelectual, y menos aún una burocracia estatal, porque el partido momentáneamente en el poder, que cambiaba frecuentemente, disponía de los cargos públicos. Todo trabajador inteligente, no importa de qué estrato social proviniera, podía aspirar a ascender a una posición más elevada o al menos a elevarse por encima de las filas de los explotados.

Así, por un largo tiempo, faltaron todas las condiciones para sugerir a los explotados la necesidad de una transformación decisiva de las instituciones del Estado; hasta las mismas clases explotadas, como fenómeno de masas, faltaban. Y la mentalidad que surgió de estas condiciones ha seguido existiendo hasta el día de hoy. Es cierto que, mientras tanto, un proletariado fuerte y la clase capitalista más fuerte del mundo han aparecido en los Estados Unidos, pero, a pesar de ello, hasta el día de hoy la masa del pueblo puede ser dividida según sus sentimientos, no entre capitalistas y proletarios, sino entre aquellos que ya son capitalistas y quienes quieren convertirse en tales.

Por supuesto, en los Estados Unidos –de hecho, especialmente en los Estados Unidos- también existe entre las dos clases el más profundo antagonismo de intereses. Pero, durante todo el curso de su desarrollo histórico, el obrero norteamericano nunca, hasta ahora, se ha visto forzado a cuestionar y oponerse a la *totalidad* del orden social existente. Siempre se pone en contra de instituciones particulares que lo irritan. Cualquier análisis del origen de este fenómeno particular, o de su conexión con la totalidad del organismo político y social, aparece ante él como una cavilación ociosa. En su desdén por cualquier teoría, nuestros *Praktiker*⁵⁶ podrían encontrar la verdadera felicidad.

La intelligentsia norteamericana fortalece esta visión del mundo de los obreros. Mientras que en Rusia la intelligentsia, debido a su posición social, se convirtió en una agencia indispensable a través de la cual la conciencia revolucionaria fue transmitida al proletariado, al que se asemejaba en tantos aspectos, en los Estados Unidos la intelligentsia representaba el vínculo conector entre el proletariado y la clase capitalista. Muchos proletarios ingresaban a la política, al periodismo, y a las profesiones legales, que, dada la vastedad del país, constituyen una fuente de enriquecimiento, escaleras por las cuales una persona puede escapar de las filas de los pobres y convertirse en parte de la clase capitalista. La

⁵⁶ [*Praktiker*: una referencia a los revisionistas “prácticos” sindicalistas con quienes Rosa Luxemburg y Kautsky libraron feroces polémicas en esa época.]

intelligentsia norteamericana está por lo tanto completamente dominada por el deseo de hacerse rica e imbuida del más inescrupuloso capitalismo espiritual.

De esta intelligentsia, el obrero no puede recibir ninguna clarificación sobre sus intereses y las tareas históricas de su clase. Los intelectuales norteamericanos mismos no saben nada sobre estos asuntos y, cuando saben, lo esconden cuidadosamente.

Las condiciones en los Estados Unidos son por lo tanto muy desfavorables para el desarrollo de una conciencia de clase proletaria resuelta y para el planteamiento de objetivos que impliquen la transformación de toda la sociedad.

Estas circunstancias no zanján, por supuesto, la oposición de intereses entre capital y trabajo. De hecho, ésta es quizás más evidente hoy en los Estados Unidos que en Europa, ya que los capitalistas norteamericanos persiguen sus intereses de la manera más despiadada, al no sentirse obstaculizados por ninguna tradición pequeñoburguesa o ideológica; y los obreros norteamericanos, gracias a las tradiciones democráticas del país, asimismo luchan de la manera más determinada y resuelta. Pero estos numerosos conflictos en general se circunscriben a demandas momentáneas, y en la medida en que éstas implican objetivos más profundos, son en general objetivos aislados por medio de los cuales los trabajadores esperan defenderse de algún oponente particular o corregir algún mal particular en el Estado o en la sociedad, sin transformarlos radicalmente.

El punto principal, sin embargo, es que estos objetivos algo más profundos también deben ser “prácticos”, es decir alcanzables en el corto plazo y dentro del marco de las relaciones sociales existentes —ya que el norteamericano, ya sea capitalista u obrero, es un *Realpolitiker* en el sentido capitalista de la palabra. Los *Praktiker* de la Edad Media creían que trabajaban para la eternidad. Construían sus catedrales y castillos, creaban sus pinturas y hasta producían sus herramientas y materiales como si fueran a durar para siempre. Del mismo modo, establecieron sus organizaciones urbanas y políticas creyendo que durarían eternamente. El capitalismo, que atraviesa continuas revoluciones y que, para crear nuevo plusvalor, deprecia constantemente todos los valores existentes, sólo está interesado en la ganancia del momento, ya que lo que no produce una ganancia inmediata puede volverse obsoleto el año siguiente por un nuevo invento. El *Realpolitiker* del capitalismo por lo tanto siempre apunta a resultados momentáneos, y esta mentalidad también infecta al político proletario cuando no se libra de las ideas burguesas y no ha aprendido a pensar como revolucionario, es decir, a tener siempre en consideración el vasto y gran futuro.

Por esa razón, los *Realpolitiker* del proletariado norteamericano también se limitan siempre a demandas “prácticas”. Se entusiasman muy fácilmente con ellas, pero si no son logradas rápidamente, se rinden con la misma facilidad.

Tales demandas particulares siempre encuentran apoyo entre políticos burgueses aislados, porque la oposición irreconciliable entre capitalistas y obreros se vuelve evidente, no en las demandas particulares del momento del proletariado, sino en su esfuerzo colectivo por expropiar a la clase capitalista. Las demandas aisladas y momentáneas del proletariado, como la mitigación del desempleo, la limitación del poder de los *trusts*, una legislación protectora para los trabajadores, etc., siempre encontrarán el apoyo de muchos políticos burgueses, hasta de aquellos que son decisivamente hostiles a la lucha de clases revolucionaria. Aunque pueda verse como un fortalecimiento del poder del proletariado por elementos burgueses, y por lo tanto como un indicio de los méritos de la *Realpolitik*, este no es para nada el caso.

Una demanda aislada no solo rara vez interesa a todo el proletariado y es por ende incapaz de unificar todas sus fuerzas. También usualmente asegura a los elementos burgueses que la apoyan una influencia pernicioso sobre el proletariado porque, o bien son ideólogos impotentes sin influencia que despiertan falsas ilusiones en los obreros, adormecen su conciencia de clase y debilitan sus luchas sin hacer ninguna contribución real, o bien meros demagogos que buscan ganar el apoyo del proletariado por medio de promesas para explotar su fuerza para sus propios intereses.

Así, vemos que los movimientos populares de reforma en los Estados Unidos sólo se crean alrededor de demandas particulares, a menudo de la naturaleza más fraudulenta; por ejemplo, los movimientos que prometían liberar a las clases oprimidas emitiendo papel moneda o acuñando monedas de plata (el movimiento del “dinero barato”) o reformando el sistema fiscal (el movimiento del “impuesto único sobre la renta de la tierra” de Henry George). Estos movimientos se desarrollaron de cuando en cuando muy rápidamente y colapsaron aún más rápidamente, y no tuvieron otro efecto que servir como trampolines para charlatanes y estafadores.

Es precisamente porque faltaba todo “romanticismo revolucionario”, porque procedía de la más insípida *Realpolitik*, que la actividad política de las masas trabajadoras en los Estados Unidos hasta ahora ha sido tan inestable en su intensidad y en su dirección y, más que en ningún otro lugar del mundo, ha sido desvirtuada por demagogos y payasos.

VII. Sombart sobre los obreros norteamericanos

A. El consumo de alcohol de los obreros alemanes y norteamericanos

[En este punto Kautsky brinda un análisis crítico de los comentarios de Werner Sombart sobre el consumo relativo de alcohol en Alemania y los Estados Unidos. Según Sombart, los obreros alemanes tenían un mayor ingreso que los norteamericanos, luego de haber comprado los bienes de primera necesidad, pero “Toda la diferencia entre la renta ‘disponible’ del trabajador norteamericano y la del trabajador alemán —y a veces más que esta diferencia— la absorbe el gasto en bebidas alcohólicas”.⁵⁷ Kautsky muestra que, a pesar de las represivas actitudes norteamericanas el consumo de alcohol estaba creciendo incesantemente en los Estados Unidos, llegando a la siguiente conclusión:]

En los Estados Unidos, ha habido una dura lucha, de décadas de duración, contra el alcoholismo. Esta lucha, sin embargo, no se ha llevado a cabo de la única manera en que puede tener éxito (por un lado, a través de la orientación científica ofrecida por los médicos y, por otro lado, inspirando al proletariado con un ideal superior de vida, como el que ofrece el socialismo), sino a través de la charlatanería clerical y el uso de la represión policial por parte de las autoridades y de los empleadores. En toda una serie de estados se promulgan las más severas regulaciones policiales para la reducción del consumo de alcohol, que además es a menudo prohibido por los empleadores. La represión policial sólo ha contribuido a aumentar el contrabando, el engaño y la disimulación.

B. El ministerialismo proletario

Sombart nos da a conocer otras peculiaridades del obrero norteamericano, y a menudo ofrece excelentes juicios sobre las mismas. Plantea, por ejemplo, la cuestión de qué beneficios obtiene

⁵⁷ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 358.

proletariado cuando sus luchas y su creciente poder dan lugar a que los partidos gobernantes ofrezcan puestos en el gabinete a algunos de sus líderes. Es bien sabido que, cuando Millerand⁵⁸ entró al gobierno burgués de Waldeck-Rousseau, nuestros revisionistas se sintieron encantados y declararon que ésta era la única manera en que el proletariado podía llegar al poder. La aspiración a conquistar el conjunto del poder político fue declarada “romanticismo revolucionario” necio y estéril. La experiencia con el experimento de Millerand ha enfriado considerablemente el entusiasmo de nuestros estadistas revisionistas, y cuando John Burns⁵⁹ obtuvo hace poco un puesto ministerial fue recibido con un silencio avergonzado, hasta que el *enfant terrible* del revisionismo alemán declaró su entusiasmo por este triunfo del proletariado británico.⁶⁰ El profesor prusiano sabe cómo evaluar el valor de este método de conquistar el poder político pedazo a pedazo mejor que el miembro socialdemócrata del Reichstag —al menos para los Estados Unidos. Sombart escribe sobre los “líderes de los trabajadores, los dirigentes de los sindicatos”:

A éstos les espera una buena remuneración si juran fidelidad al partido gobernante: un puesto bien pagado, desde inspector de fábrica hasta secretario del Estado, según la importancia que se dé al hombre en cuestión. Se trata de un procedimiento comprobado que los partidos en el gobierno están empleando desde hace muchos años con gran éxito: «desactivar» a los líderes laboristas otorgándoles un cargo bien remunerado. Podemos seguir este proceso de castración en una serie de líderes sindicales famosos. En la actualidad se dice que el presidente de la *American Federation of Labor* -su homólogo en Alemania sería Carl Legien- ha sido elegido para suceder a Carroll D. Wright como *Commissioner of the Bureau of Labor* (Director de la Oficina para la Estadística Laboral), mientras que John Mitchell, el victorioso líder de los mineros -que se correspondería con Hermann Sachse o a Otto Hué en Alemania-, pasaría a ocupar el puesto de *Under-Secretary of State* (Subsecretario de Estado) en Washington.

Está comprobado que de esta manera han llegado a ocupar puestos de funcionarios en pocos años 13 dirigentes sindicales en Massachusetts y 30 en Chicago....

Pero cuando líderes influyentes traicionan a un movimiento obrero realmente opositor de esta manera cada vez que han alcanzado influencia y estima entre sus compañeros, esto significa una ganancia directa para los grandes partidos no sólo en lo tocante a la persona del líder y a los círculos de los trabajadores que confiaban en él. En un sentido mucho más amplio, el capitalismo se fortalece indirectamente, porque un posible partido de trabajadores independiente experimenta una pérdida dolorosa cuando su líder es atraído por el cebo del cargo. En otras palabras, en cada ocasión los partidos principales arrebatan a los oficiales de las organizaciones del partido socialista bajo las narices de este último mientras aún se están formando.⁶¹

⁵⁸ [Alexandre Millerand (1859-1943), un miembro socialista de la Cámara de Diputados francesa desde 1885 y dirigente de la izquierda socialista hasta 1896, se unió en 1899 al gobierno burgués “de defensa republicana” de René Waldeck-Rousseau como ministro de Comercio, (junto con el carnicero de la Comuna de París, el general Galliffet) utilizando como excusa el juicio de Dreyfus, en una aplicación temprana de la política de “frente popular” de Stalin. Millerand luego ocupó una serie de puestos gubernamentales en gobiernos burgueses y fue electo presidente de la República Francesa de 1920 a 1924.]

⁵⁹ [John Elliot Burns (1858-1943). Dirigente laborista de origen obrero, Burns fue originalmente miembro de la Federación Democrática Socialista y jugó un papel destacado en la organización de las huelgas de masas, lo que llevó a su arresto en 1888. En 1892, fue elegido presidente del Congreso de Sindicatos -*Trades Union Congress* (TUC)- y miembro socialista de la Cámara de los Comunes. El 10 de diciembre de 1905, Burns siguió el ejemplo de Millerand y entró al gabinete liberal de Sir Henry Campbell-Bannerman como presidente del Buró del gobierno local.]

⁶⁰ [Una referencia al dirigente del ala derecha, revisionista, del SPD Eduard Bernstein (1850-1932).]

⁶¹ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 308. La traducción ha sido corregida.

Uno podría suponer que esto es claramente comprendido por cualquiera que ha entendido que hay diferencias fundamentales entre la socialdemocracia y los “grandes” partidos –es decir, en los Estados Unidos, los partidos burgueses. Sólo aquellos que han olvidado las diferencias fundamentales entre la socialdemocracia y el liberalismo pueden ser de la opinión que un dirigente sindical, o cualquier otro dirigente del proletariado, puede representar sus intereses en un puesto que deba a los liberales.

C. La democratización del capital

Una segunda ilusión del revisionismo socialista es que los trabajadores se pueden convertir en socios del capital a través de la adquisición de acciones, y que esto representa una democratización del capital. Sombart sabe muy bien cómo debe ser visto este asunto.

Finalmente, los capitalistas buscan comprar al trabajador otorgándole una proporción de sus ganancias. El método para hacerlo es ofreciendo acciones en términos ventajosos. En ciertas circunstancias, los capitalistas matan dos pájaros de un tiro. En primer lugar, atraen al trabajador a la agitación de administrar el negocio y despiertan en él los bajos instintos de codicia y de excitación mórbida en la especulación, lo que lo vincula al sistema de producción que ellos defienden. En segundo lugar, se deshacen de sus acciones inferiores, evitando una caída inminente de los precios y tal vez al mismo tiempo influyendo sobre el mercado de acciones para obtener un beneficio fuera de lo normal.⁶²

Desearíamos que cada socialdemócrata viera el gran fraude de la “democratización del capital” tan claramente como lo ve este profesor liberal...⁶³ Como “efectos de tal política” Sombart señala que, “el trabajador se embriaga del espíritu del capitalismo”.⁶⁴

D. Política sindical capitalista

Una tercera ilusión del revisionismo es la eficacia de *Trade Alliances*, uniones de organizaciones sindicales obreras y de organizaciones patronales, formadas con el propósito de mantener altos los precios, en las que ambas partes apoyan dicha unión. Así como con la posesión de acciones por los obreros y el otorgamiento de puestos estatales a los dirigentes sindicales, nuestros revisionistas ven en las *Trade Alliances* una forma de “socavar” gradualmente al capitalismo, de transformarlo imperceptiblemente -realmente muy imperceptiblemente- en socialismo, sin ninguna de esas detestables catástrofes. Sombart analiza estas *Trade Alliances* muy bien. Dice:

La expresión más pura de esta política de negocios se da en las uniones del sindicato monopolista con una patronal monopolista: las llamadas *Alliances*. Estas son en realidad organizaciones para la explotación común del público por los empresarios y trabajadores de un sector particular de la economía. Uno puede describir este tipo de sindicatos como capitalistas y puede contrastarlos con los sindicatos socialistas, ya que están hechos de la misma madera que el capitalismo y, tanto en sus inclinaciones como en sus efectos, están dirigidos al mantenimiento y fortalecimiento del sistema económico capitalista, en lugar de su derrocamiento. Los sindicatos socialistas, aunque también dirigen su política al éxito en el

⁶² Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 365. La traducción ha sido corregida.

⁶³ [Se omitieron las estadísticas.]

⁶⁴ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 365.

presente, al mismo tiempo no pierden de vista el movimiento de clase proletario contra el capitalismo.⁶⁵

En general, Sombart ofrece muchas observaciones sensatas sobre el movimiento sindical. Muchos dirigentes sindicales parecen creer que el objetivo del movimiento obrero no es la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción sino la “fábrica constitucional”. Muchos piensan que esto representa una etapa de transición hacia el socialismo y creen que la han alcanzado ampliamente cuando el patrón abandona su actitud dictatorial y trata a los obreros como iguales, viéndolos no como sirvientes sino como vendedores de mercancías, aun cuando su mercancía sea su fuerza de trabajo.

Que los trabajadores tienen que luchar para no ser tratados por su patrón como esclavos que no tienen voluntad propia sino como personas con iguales derechos es obvio. Pero no deben engañarse a sí mismos: la *forma* más elevada, más civilizada de *trato* con ellos cambia muy poco o nada *el contenido de su explotación*. Sombart discierne este hecho muy bien:

El énfasis en la «igualdad» con la que funciona la vida social y pública en los Estados Unidos también se extiende a las empresas capitalistas. El empresario no se presenta ante el trabajador como el «patrono» que exige obediencia, tal como ha sido y sigue siéndolo por norma general el caso en la vieja Europa con su tradición feudal. El punto de vista meramente comercial en el trato con el socio asalariado ha sido el dominante desde un principio. La «igualdad» formal del empresario y del trabajador no se ha tenido que conseguir porfiando en una larga lucha. Al igual que a la mujer norteamericana se la trataba con mucho cariño, porque no había muchas, también el empresario se esforzaba mucho en comportarse de forma educada y amable con el trabajador, ya que en un principio no se disponía de suficiente mano de obra. Naturalmente, el ambiente democrático del país favorecía también ese tipo de comportamiento. Todavía hoy, los trabajadores ingleses se muestran sorprendidos por el tono respetuoso del que se sirven el empresario y el capataz en los Estados Unidos al tratar con el trabajador, por la autonomía del trabajador norteamericano incluso en el puesto de trabajo, por la «*delivré de ce qu'on peut appeler la surveillance vexatoire*». Les sorprende que pueda tomarse unas vacaciones de uno o dos días, que pueda salir a fumar un cigarrillo, que esté fumando en el trabajo y que incluso tenga a su disposición una máquina expendedora de cigarrillos en la propia fábrica. Es típico: el empresario norteamericano, a pesar de no instalar en sus fábricas los dispositivos de protección más sencillos, de no ocuparse en lo más mínimo de que las instalaciones estén objetivamente en buen estado —a menudo están demasiado llenas, etc.—, hace complacientemente todo lo que el trabajador pueda notar subjetivamente como comodidad. Se ocupa del confort: bañeras, duchas, armarios para cerrar con llave, acondicionamiento de las salas de trabajo con aire acondicionado para el verano y calefacción para el invierno...

Naturalmente, todos estos son pequeños detalles, pero el dicho «pequeños regalos aseguran la amistad» también vale para aquí. Más tarde intentaré demostrar que en ningún otro país del mundo, mirado objetivamente, el capitalismo explota tanto al trabajador como lo hace en los Estados Unidos, que en ningún otro país del mundo el trabajador sufre tanto bajo el yugo del capitalismo, encontrando tan rápidamente la muerte debido al trabajo. Esto, sin embargo, no cuenta nada cuando se trata de explicar los sentimientos del proletariado. Para esto sólo importa lo que el individuo percibe como placer o desdicha, como valor o futilidad. Uno de los

⁶⁵ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 295. La traducción ha sido corregida.

más brillantes méritos del carácter diplomático del empresario norteamericano es el de mantener de buen humor a sus trabajadores a pesar de toda la explotación real. El proletariado no desarrolla así una conciencia de su situación real.⁶⁶

Algunas personas podrían objetar que, si la igualdad de derechos y la libertad política tienen un efecto tan perjudicial sobre la conciencia de clase del proletariado norteamericano, mientras que la falta de tales condiciones en Europa (especialmente en Europa oriental) le da un mayor ímpetu a la lucha de clase proletaria, es absurdo pedir igualdad de derechos y libertad política y hacer tantos sacrificios para conseguirlos. En absoluto. Sin igualdad de derechos y libertad política el proletariado no puede desarrollar toda su fuerza; el obrero las necesita como necesita del aire y la luz; son elementos vitales para él. Pero sus efectos son diferentes allí donde los trabajadores los encontraron desde el comienzo como derechos autoevidentes, sobre los cuales no tuvieron que preocuparse, que allí donde el proletariado mismo tuvo que luchar por ellos. Así como la lucha por la verdad es mucho más valiosa que la posesión sin esfuerzo de una verdad descubierta por otros, también la lucha por la libertad enaltece mucho más que la posesión pasiva de una libertad que otros ganaron antes.

La posesión de estos derechos heredados de sus padres fue una de las causas, y no la menos importante, por las cuales los obreros norteamericanos han sido hasta ahora más débiles *como clase* que los trabajadores europeos —a pesar de que cada uno de ellos es más fuerte *como ciudadano*. Y no sólo poseían libertad política e igualdad de derechos sociales; no, también el más importantes de los medios de producción, la tierra, no se había convertido en monopolio de una clase, sino que estaba a disposición de todos. ¿Por qué entonces hacerse socialista, por qué luchar por un futuro socialista distante, si una parte muy considerable de los objetivos socialistas se había vuelto realidad en los Estados Unidos, o más bien fue una realidad hasta hace muy poco?

Todas las causas que hasta ahora habían evitado que el obrero americano se hiciera consciente de su oposición de clase al capital y de su solidaridad de clase con los proletarios europeos están ahora desapareciendo.

Sombart cierra por ello sus “Estudios sobre el desarrollo del proletariado norteamericano” con la promesa de mostrar en un próximo libro cómo

*todos los elementos que hasta ahora han impedido el desarrollo del socialismo en los Estados Unidos están a punto de desaparecer o de convertirse en su opuesto, de manera que, según todos los indicios, el socialismo en los Estados Unidos va a florecer plenamente en la próxima generación.*⁶⁷

No sé si esto significa que nuestro profesor, liberal con relación a la Alemania contemporánea, tiene la intención de abrazar el socialismo en los Estados Unidos y para las futuras generaciones, ni si también rechazará para Alemania las ilusiones revisionistas cuyas futilidades ha reconocido tan bien en los Estados Unidos. En cualquier caso, esperaremos ese libro con expectativa. Pero no tenemos que esperarlo para reconocer que las precondiciones para el socialismo se están desarrollando rápidamente en los Estados Unidos, y que podremos asistir a su florecimiento no sólo en futuras generaciones, sino quizás dentro de pocos años. El último censo publicó algunos datos al respecto, que nos gustaría examinar en nuestra próxima sección.

⁶⁶ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 295. La traducción ha sido corregida.

⁶⁷ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 370, énfasis en el original. La traducción ha sido corregida.

VIII. La pauperización del obrero norteamericano

A. La declinación del agricultor pequeñoburgués

Cuando los revisionistas se propusieron refutar o “desarrollar” la teoría marxista, es decir, romper su columna vertebral para convertirla en sumisa, lo que los irritaba especialmente era la demanda de la conquista del poder por el proletariado y la teoría de la intensificación creciente de los antagonismos de clase. Para refutarla, los revisionistas le dieron una forma absurda, extrayendo de la demanda de la conquista del poder político resultaba una “especulación” sobre “catástrofes”, que a su vez estaba supuestamente basada en una teoría especial de las catástrofes, y derivando de la teoría de la necesaria agudización de los antagonismos de clase una teoría de la pauperización de los trabajadores –como si Marx hubiera absurdamente esperado que la fuerza de los proletarios para remodelar el organismo social resultara de su creciente degeneración.

La revolución rusa [de 1905] y la agudización especialmente fuerte de las luchas de clases en toda Europa durante los últimos años condenaron mientras tanto las críticas a la llamada “teoría de las catástrofes”, si no al silencio absoluto, al menos a la más absoluta insignificancia. Pero el desarrollo económico ya desde antes había reducido *ad absurdum* la crítica de la “teoría de la pauperización”, es decir, la teoría de la agudización de las contradicciones de clase entre capital y trabajo.

Las condiciones norteamericanas proveen nuevos materiales sobre estos temas porque allí el desarrollo ha sido especialmente rápido en las recientes décadas, haciendo sus tendencias claramente visibles. Dichas condiciones muestran que la Edad de Oro para el obrero norteamericano dentro del modo de producción capitalista no está *frente* a él, sino *detrás* de él; que su posición social en relación al capital –y esa es la cosa decisiva- ha empeorado continuamente.

La principal causa de esta superioridad en la situación del obrero norteamericano vis-à-vis el obrero europeo era el hecho de que el medio de producción decisivo, la tierra, no era monopolio exclusivo de una casta de terratenientes sino accesible a todos. No obstante, el obrero norteamericano ha ido perdiendo esa superioridad crecientemente. En su artículo sobre los Estados Unidos en *Die neue Zeit*, el camarada Simons ya ha aludido al hecho remarcable de que la población agrícola del estado de Iowa está decreciendo. Este indicador se complementa con una nota que apareció en la prensa alemana la semana pasada. Dice:

La razón se encuentra, en primer lugar, en el *rápido crecimiento de los precios de las tierras para agricultura*. En Iowa, donde son preeminentes la cría de ganado y las granjas lecheras, la preservación de la vieja propiedad familiar se está haciendo cada vez más imposible, y la agricultura está siendo cada vez más explotada por granjeros capitalistas. Los granjeros tradicionales deben, por lo tanto, o bien emigrar a la vecina Canadá, o bien al Sur o al Noroeste, donde la tierra es aún más barata.⁶⁸

Estos desarrollos no eran del todo inesperados. *En términos relativos*, la población agrícola de los Estados Unidos ha estado declinando por un largo tiempo. A pesar de la abundante tierra libre, el número de agricultores no está creciendo tan rápidamente como el número de personas empleadas en otras

⁶⁸ Algie Simons, ‘Die Lage in den Vereinigten Staaten’, *Die Neue Zeit*, 24. Jg., 1. Bd. (1906), H. 19, S. 623.

ocupaciones. Desde 1880 hasta 1900, el número de personas empleadas en la agricultura creció en términos absolutos de 7.713.875 a 10.381.765 personas, pero decreció en términos porcentuales del 44,3 al 35,7 por ciento... En los estados del Noreste, la reducción en el número de personas empleadas en la agricultura es no sólo relativo, sino *absoluto*...⁶⁹ Pero incluso en dos de los verdaderos “Estados del trigo” [Ohio e Indiana] una reducción de la población agrícola comenzó a tener lugar en 1890, mientras que en otros el crecimiento es mínimo...⁷⁰

¿Por qué tiene lugar este fenómeno peculiar en regiones tan escasamente pobladas? Es mi intención abordar este asunto con más detalle apenas tenga datos adicionales a mi disposición. Por el momento, basta con decir que esta declinación debe atribuirse al agotamiento del suelo. Esto no significa que no haya suficiente tierra disponible en los Estados Unidos, sino que no hay disponible tierra fértil, no cultivada y bien ubicada, capaz de proveer de abundantes rendimientos con los métodos de cultivo extensivos y superficiales empleados hasta ahora. Una nueva forma, más intensiva, debe ser introducida, pero requiere esto dinero y capital, cosas que no están al alcance de gente desposeída. Los granjeros pobres se endeudan y, o bien caen en bancarrota, o tienen que soportar tantas cargas de trabajo que los miembros más móviles de la nueva generación se van, apenas pueden, de la agricultura hacia la industria o el comercio. La migración del campo a las ciudades también ha comenzado en los Estados Unidos. Eso no prueba la declinación de su agricultura, sino su transición a una explotación capitalista. Se convertirá en una empresa manejada con capital y explotada por capitalistas, y cesará de ser la gran válvula de escape del descontento y la desesperación de amplias capas del proletariado norteamericano.

B. La declinación de los salarios

Mientras que el proletariado se vuelve cada vez menos capaz de trabajar en la agricultura, la cual entró crecientemente en su *etapa capitalista*, la industria y el comercio, que ya eran manejados de manera capitalista, están entrando cada vez más en la *etapa del monopolio privado*, de los *trusts*...⁷¹ Con el sistema de *trusts*, sin embargo, surge un feudalismo capitalista que otorga a unas pocas familias el dominio absoluto sobre el conjunto de la economía, y que oprime más y más hasta a los pequeños capitalistas, haciendo completamente imposible cualquier aspiración a ascender del proletariado a las filas de la burguesía.

Al mismo tiempo, estos desarrollos vuelven la situación del proletariado progresivamente más opresiva. Eso se mostró claramente en un trabajo interesante del Comisionado del Trabajo de Washington, quien seguramente no daba ninguna visión exageradamente negativa de la situación en un Boletín de julio de 1905. Contiene un análisis detallado de los salarios y las horas de trabajo en la industria desde 1890 hasta 1904, así como del promedio de los precios en el comercio minorista de los productos alimenticios durante ese período...⁷² Este informe muestra claramente [una declinación en los salarios reales debida a la inflación].⁷³

La evolución de los salarios, sin embargo, es muy disímil en diferentes ocupaciones. Junto con unos pocos estratos privilegiados de trabajadores, que obtuvieron aumentos muy considerables en sus salarios, hay muchos otros cuyos aumentos salariales cayeron muy por debajo del promedio, e incluso

⁶⁹ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷⁰ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷¹ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷² [Se omitieron las estadísticas.]

⁷³ [Se omitieron las estadísticas.]

otros que experimentaron una caída absoluta en los salarios nominales...⁷⁴ Es claro que el poder adquisitivo de los salarios debe haber caído en toda una serie de ocupaciones que no experimentaron ningún aumento similar en el salario nominal y que, especialmente desde 1896, una definitiva pauperización, es decir, un empeoramiento absoluto de los estándares de vida, debe haber tenido lugar en aquellas ocupaciones en las que los salarios nominales permanecieron estables o incluso declinaron.

C. Trabajo infantil y femenino

Una clara evidencia del deterioro creciente de la situación de un amplio estrato de la población norteamericana es brindada por el *aumento del trabajo infantil y femenino*.

El número de niños del grupo de edad de diez a quince años empleados creció de 1.118.356 en 1880 a 1.750.178 en 1900. Dichas cifras representaban en 1880 el 16,8 por ciento, y en 1900 el 18,2 por ciento de los niños en dicho grupo etario.

El trabajo femenino también está creciendo junto con el trabajo infantil –y no como resultado de la lucha de las mujeres por su independencia. En los Estados Unidos, debido a la inmigración, que trae a más hombres que mujeres, estas últimas siempre han sido una minoría. En 1900, había en los Estados Unidos 39 millones de hombres y 37 millones de mujeres. Como los asalariados, las mujeres en los Estados Unidos han tenido un “valor de escasez” que les dio una posición más alta que en Europa. Y, así como en los Estados Unidos se empleaba la mayor cantidad de máquinas posible para hacer innecesarios a los asalariados, también intentaron organizar su vida doméstica de manera de emplear la menor cantidad de fuerza de trabajo posible. Las mujeres estaban, de esa manera, relevadas de muchas tareas domésticas, pero, gracias a su posición privilegiada y al ingreso usualmente alto del hombre, no necesitaban emplear su mayor tiempo de ocio trabajando fuera de la casa. Las mujeres norteamericanas no fueron emancipadas por la independencia que les daba su ocupación. En ningún lugar se trata a una mujer tan como una *dame*, como un lujo, como en los Estados Unidos.

Sering, por ejemplo, hace el siguiente relato de las mujeres de los granjeros norteamericanos:

Por su vestimenta y comportamiento, la mujer del granjero se ve como una *perfect lady*, y no difiere de ninguna manera de las damas urbanas. Las hijas de los granjeros usualmente reciben en el colegio una mayor educación que los hijos, que deben conseguir una ocupación remunerada más temprano. Es raro encontrar una mujer norteamericana trabajando en los campos, y en esos casos casi siempre se puede asegurar que la mujer pertenece a una familia de granjeros inmigrantes.⁷⁵

Con esas concepciones, la fuerza de la necesidad debe ser especialmente fuerte para que una mujer decida recurrir al trabajo asalariado.

Aún hoy, el trabajo asalariado es mucho menos común entre las mujeres de la población nativa blanca que entre los blancos extranjeros y los negros. En general, el 18,8 por ciento de los asalariados en 1900 eran mujeres. Pero este porcentaje cae en el caso de la población blanca nativa al 13 por ciento,

⁷⁴ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷⁵ Max Sering, *Die landwirtschaftliche Konkurrenz Nordamerikas in Gegenwart und Zukunft*, Leipzig: Duncker and Humblot, 1887, p. 180.

mientras que asciende al 21,7 por ciento entre los norteamericanos blancos de segunda generación, al 19,1 por ciento entre los inmigrantes, y al 40 por ciento entre la gente de color.

No obstante, ese 13 por ciento ya representa un aumento considerable del trabajo femenino entre los nativos blancos, ya que las mujeres sólo constituían un 11 por ciento de los asalariados en 1890...⁷⁶

D. Desempleo

Junto con la evolución del poder adquisitivo de los salarios y del trabajo infantil y femenino, hay un tercer criterio para medir el crecimiento o la disminución de la miseria social de la clase obrera: *el desempleo*. El último censo norteamericano ofrece datos valiosos también sobre este asunto...⁷⁷ El censo muestra que más de un *quinto* del número total de las personas económicamente activas —en la industria, las profesiones liberales y el servicio doméstico, más de un *cuarto*— estaban desempleados entre 1899 y 1900. Y el desempleo claramente está creciendo rápido... Los inmigrantes eran el grupo más severamente golpeado... La situación de los desafortunados rusos era en todos los aspectos la peor...⁷⁸

Concedemos gustosos que esos datos están incompletos. Pero, en la medida en que muestran algo, revelan un crecimiento e intensificación del desempleo, y con total certeza muestran una medida inédita de desempleo precisamente en 1900, que fue un año de *prosperidad* en los Estados Unidos...⁷⁹

Tomados junto con el desempleo, los datos que muestran una declinación en el poder adquisitivo de los salarios desde 1896 revelan un cuadro aún peor...⁸⁰ Las estadísticas sobre los salarios dan el ingreso semanal de los trabajadores, calculado en salarios por hora. La cuestión decisiva para el bienestar del trabajador, sin embargo, no es su ingreso *semanal* sino su ingreso *anual*, y éste será evidentemente menor (manteniéndose iguales sus ingresos semanales), mientras mayor sea el número de semanas en el año que tiene que pasar sin trabajo y sin salario.

En vista de todas estas cifras, tenemos derecho a hablar de una declinación *muy considerable* en la prosperidad del obrero norteamericano desde 1896. Sus salarios nominales han caído, mientras que al mismo tiempo el poder adquisitivo del dinero ha disminuido.

IX. El aumento del capital

La declinación del obrero norteamericano que se describe aquí tuvo lugar en una década de colosal crecimiento económico, de prosperidad realmente deslumbrante, que fue testigo de un enorme avance en la clase capitalista y de una acumulación masiva de capital. Sólo en la industria pesada, el valor del capital invertido creció durante este periodo de 6.524 millones de dólares a alrededor de 9.857 millones de dólares —un crecimiento de alrededor de 3.333 millones de dólares, es decir, ¡de 14.000 millones de marcos!

Y esta acumulación no fue alcanzada a través del ahorro metódico y la simplicidad del estilo de vida puritano. El crecimiento del capital más bien fue de la mano con un despilfarro alocado de dinero, que

⁷⁶ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷⁷ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷⁸ [Se omitieron las estadísticas.]

⁷⁹ [Se omitieron las estadísticas.]

⁸⁰ [Se omitieron las estadísticas.]

sobrepasó todo lo imaginado hasta ahora por los grandes explotadores europeos en siglos de goce ocioso y derroche extravagante.

Sobre ese asunto también podemos referirnos a Sombart:

En la actualidad, la distribución final de la riqueza total aún puede estar tomando forma, pero se puede decir indiscutiblemente que los contrastes absolutos entre pobres y ricos no son en ninguna parte del mundo tan grandes como en los Estados Unidos. Sobre todo, porque los ricos de allí son mucho más ricos que el mismo grupo en Alemania. En Estados Unidos, sin duda, hay más personas que poseen 1.000 millones de marcos que personas que poseen 100 millones de marcos en Alemania. Cualquiera que haya estado en Newport, la Baía de Nueva York, habrá tenido la impresión de que en Estados Unidos tener un millón es algo común. Ciertamente, no hay otro lugar en el mundo donde el palacio principesco del estilo más grandioso sea obviamente el tipo de residencia estándar, mientras que cualquiera que haya paseado una vez por los grandes almacenes de Tiffany's en Nueva York siempre sentirá algo parecido al olor de la pobreza incluso en los negocios de lujo más espléndidos de las grandes ciudades europeas. Debido a que Tiffany's también tiene sucursales en París y Londres, puede servir excelentemente para establecer comparaciones entre la extravagancia y, por lo tanto, la riqueza de las cuatrocientas familias principales en los tres países en cuestión. Los gerentes de la oficina central de Nueva York me dijeron que la mayoría de la mercancía que ofrecen a la venta en Nueva York proviene de Europa, donde está hecha especialmente para Tiffany's de Nueva York. Sin embargo, sería impensable que una tienda de París o Londres -incluidas las mismas tiendas Tiffany's- ofreciese mercancía a los mismos precios que en Nueva York. Las piezas más caras son exclusivamente asequibles a los bolsillos de las mujeres de Nueva York.⁸¹

Así, un derroche fabuloso va de la mano con una fabulosa acumulación en un país cuya burguesía, tanto económica como ideológicamente, ¡dejó atrás la etapa de puritanismo severo hace sólo unas pocas décadas! ¡Qué enorme crecimiento de la explotación, tanto en extensión como en intensidad, implica esta transformación abrupta!

Por una parte, un crecimiento gigantesco de la riqueza, por otra, un crecimiento no menos gigantesco de la pobreza –verdaderamente, el dogma revisionista sobre el debilitamiento gradual de las contradicciones de clase no ha sido más reducido *ad absurdum* en ningún otro lugar; y las doctrinas de nuestro Programa de Erfurt, que nuestros revisionistas querían tirar a la basura, no han sido en ningún otro lugar mejor ilustradas que en la gran república al otro lado del océano.

Esta evolución es tan incontestable y clara, que tuvo que ser atestiguada incluso por un profesor alemán que se inclina públicamente hacia el revisionismo.

Fue un colega de este profesor, Lujo Brentano, quien hace unas décadas, en 1872, dirigió las invectivas más groseras contra Karl Marx, hasta el punto de acusarlo de mentiroso, porque este último había escrito en el Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores:

Deslumbrado por los guarismos de las estadísticas, que bailan ante sus ojos demostrando el «progreso de la nación», el canciller del Tesoro exclama con acento de verdadero éxtasis:

⁸¹ Werner Sombart, *¿Por qué no hay socialismo en Estados Unidos?*, p. 283. La traducción ha sido corregida.

«Desde 1842 hasta 1852, la renta imponible del país aumentó en un 6%; en ocho años, de 1853 a 1861, aumentó ¡en un veinte por ciento! Este es un hecho tan sorprendente, que casi es increíble... *Tan embriagador aumento de riqueza y de poder*» —añade Mr. Gladstone— «*se halla restringido exclusivamente a las clases poseedoras*».

Hoy encontramos también en los Estados Unidos un aumento embriagador de riqueza y de poder -un aumento de más del 50 por ciento en una década, medido por el crecimiento del capital industrial. Pero este aumento mucho más embriagador de hoy no solo está completamente restringido a las clases poseedoras, sino que va de la mano con un deterioro absoluto en la situación de la clase trabajadora estadounidense; el progreso de algunos de sus estratos está más que contrarrestado por el retroceso de las grandes masas. Eso significa, sin embargo, que la posición social del proletariado, su participación en el producto del trabajo nacional, han disminuido enormemente.

X. Sindicatos y socialismo

En ningún lado estuvieron más desarrolladas las condiciones bajo las cuales nuestros revisionistas piensan que el progreso económico de la clase obrera dentro del modo de producción capitalista estaría garantizado que en los Estados Unidos: completa democracia, la mayor libertad de organización y de prensa, y una alta igualdad de derechos sociales. Si bien la reserva de tierras libres se ha achicado, no se ha agotado completamente. Y, además de eso, se dio también un fuerte desarrollo de los sindicatos.

Hemos visto que el deterioro de los estándares de vida de la clase obrera data de 1896. Precisamente desde ese año ha habido un rápido crecimiento de las organizaciones sindicales. La más importante entre ellas, la Federación Americana del Trabajo -*American Federation of Labor* (AFL)-, a la que pertenecen la mayoría de los sindicatos, tenía 272.315 miembros en 1896 y 1.672.200 miembros en 1904. Desde entonces, la afiliación a los sindicatos ha decrecido un poco: en 1905 eran sólo 1.513.200, un decrecimiento de casi un 10 por ciento frente al año anterior.

Muchos de mis buenos amigos seguramente distorsionarán mis declaraciones para hacerlas aparecer como si yo declarara que los sindicatos son inútiles o hasta responsables del deterioro de la situación de los obreros. Por supuesto, esa no es mi opinión. Pero el desarrollo mostró que debe haber aparecido una fuerza capaz de paralizar los efectos del movimiento sindical que comenzó con tanta energía. Y no es necesario buscar demasiado para encontrar esa fuerza: son los *trusts*, cuyo ascenso en los Estados Unidos comenzó simultáneamente con el antes mencionado fortalecimiento de los sindicatos, pero cuyo poder ha crecido aún más rápido que el poder de los sindicatos. Son la fuerza que directa o indirectamente hizo subir los precios de todos los productos, mientras evitaban el correspondiente aumento de los salarios y a veces los reducían absolutamente.

Los sindicatos no han perdido su importancia por esa razón; al contrario, se han convertido en una necesidad absoluta para la clase obrera, pero han dejado de ser un instrumento capaz por sí mismo de hacer retroceder al capital, de disminuir su explotación, de socavar su poder. Estas ilusiones ya no se pueden mantener. Dado un alto grado de desarrollo de las asociaciones patronales, la clase obrera en su conjunto no puede avanzar sólo con los sindicatos. De seguro, sin los sindicatos la clase obrera no sólo se vería imposibilitada de avanzar, sino que retrocedería: habría perdido rápidamente todas sus conquistas, y se habría hundido en una irremediable, absoluta pauperización.

Si las asociaciones patronales les quitaron cada vez más a los sindicatos la capacidad de hacer retroceder al capital, también las hicieron indispensables para que el proletariado pueda evitar ser completamente aplastado por el capital. Si el obrero aislado ya está en una fuerte desventaja ante el capitalista individual, se habría hundido en la irremediable esclavitud ante las asociaciones patronales de las cuales sólo el sindicato lo puede proteger.

Pero los sindicatos no sólo se han vuelto indispensables para preservar la posición que los trabajadores ya habían conquistado; en las condiciones norteamericanas presentes se pueden convertir también en importantes medios para la construcción de un gran partido de los trabajadores con objetivos socialistas.⁸²

Es claro que los obreros norteamericanos deben, en las circunstancias descritas más arriba, volverse cada vez más accesibles a las ideas socialistas. Ciertamente, la propaganda socialista en Estados Unidos encontrará obstáculos difíciles en su camino. Ya hemos indicado algunos de ellos, como el gran número de inmigrantes en el proletariado norteamericano, que no sólo a duras penas se entienden entre ellos sino que se han criado bajo condiciones políticas y sociales que difieren completamente de las de su nuevo país, por lo que encuentran su camino hacia las tácticas demandadas por las peculiares condiciones norteamericanas sólo con gran dificultad -y esta dificultad crece en la medida en que esos inmigrantes ya hayan estado políticamente activos en su país de origen y hayan adquirido allí reglas firmes de praxis política. Además, la completa falta de “romanticismo revolucionario”, en el sentido teórico, hace al norteamericano promedio en muchos aspectos bastante lisiado en términos de propaganda y acción socialista, y abre un amplio campo de actividad para charlatanes y estafadores.

Pero, por otro lado, el desarrollo económico no avanza más rápido en ningún otro lado que en los Estados Unidos, y la clase capitalista no está en ningún otro lugar menos obstaculizada por estratos intermedios y tradiciones para desarrollar todas sus tendencias explotadoras; en ningún otro lado los antagonismos de clase se están agudizando más rápidamente que en los Estados Unidos.

Estas masas se verán forzadas a rebelarse contra la tiranía capitalista en los Estados Unidos más que en ningún otro lugar. Aún si esta rebelión asume temporalmente formas bastante peculiares, aún si al principio coloca en primer plano a toda clase de demagogos, aún si el crecimiento del Partido Socialdemócrata es todavía temporalmente lento y se ve interrumpido por reveses momentáneos, el proletariado norteamericano, como el proletariado europeo, debe finalmente llegar a la conclusión de que sólo la realización del programa socialdemócrata, sólo la expropiación de los expropiadores puede liberarlos del yugo que pesa sobre ellos cada vez más opresivamente.

Quien reflexione sobre los hechos presentados más arriba debe llegar con nosotros a la conclusión de que dentro de una generación debemos también necesariamente esperar un socialismo floreciente en los Estados Unidos, y quizás considerablemente antes. En los Estados Unidos todo sucede más rápidamente y con más fuerza que en Europa. Si Rusia nos ha mostrado, como esperábamos, el primer ejemplo de un proletariado constituyendo la fuerza motriz más poderosa en la revolución política de todo un país, quizás los Estados Unidos nos muestren, aún antes que Europa, el ejemplo de un proletariado que conquiste el poder económico y político de la clase capitalista para establecer una sociedad socialista.

⁸² [Para una elaboración posterior de esta idea por Kautsky ver “Sekte oder Klassenpartei?”, *Die neue Zeit*, 27. Jg., 2. Bd. (1909), H. 27, S. 4-14. Disponible online en inglés en Marxists Internet Archive como “Sects or Class Parties”.]